

MES DE MAYO
MES DE MARÍA



MES DE MAYO, MES DE MARÍA



MES DE MAYO, MES DE MARÍA

Texto reelaborado y puesto al día
por don Renzo Gerardi y Pina Milana
del original “Mes de María” de Casa Nostra.

Segunda edición



Fiesta de Reyes - Epifanía 2021

MES DE MAYO, MES DE MARÍA

Día preparatorio.

1. Hay flores y hay florecillas... Las florecillas son lo mejor, es la mejor parte de cualquier cosa.

En muchos lugares se usaba, y se usa, celebrar las “florecillas de mayo”: todas las tardes se iba a la iglesia para rezar el rosario y escuchar el sermón, al final del cual se sugería la “florecilla” para el día siguiente. Y así, el rosario (como un ramo de rosas regalado a María) iba acompañado de una obra buena, o un pequeño sacrificio, o una renuncia, o una atención particular a alguien. Maneras, todas, para dar simplemente las gracias. Así como se ofrece un ramo de flores a alguien como gratitud.

Con la “florecilla” recordamos y celebramos la memoria pacificadora del origen y de la pertenencia, lo que el salmista expresa simplemente diciendo al Señor: “Yo soy tuyo” (Salmo 119[118],94). Y nos introducimos en el camino seguro de la gratitud y del asombro. Aprendemos de las flores y celebramos, en el rezo del rosario, el agradecimiento por los dones recibidos y por la certeza de ser “sostenidos” y custodiados por la fidelidad con la que Dios Padre nos ama, a nosotros sus hijos.

2. Sabemos que la primera iniciativa apostólica de Magdalena Aulina fue la celebración del piadoso ejercicio del mes mariano, en mayo de 1916, cuando, pasando por las calles y plazas del barrio “de las Rodas”, en Banyoles, al son de una campana, invitaba a todos a rezar delante de una imagen de la Virgen María, adornada con flores e iluminada con velas. Se trataba de una ceremonia muy sencilla, pero Magdalena supo darle un alma especial, que asombró y atrajo a mucha gente.

«Ha llegado el mes mariano – exhortaba Magdalena en 1936 – ; reine el gozo más santo en vuestros corazones. Ofreced a la Virgen, con toda la ternura de vuestra alma, la más absoluta fidelidad». Y en 1939, durante la guerra, elaboró un texto para la celebración del mes

de mayo, texto utilizado para ofrecer a la Virgen María algo más propio de la Obra, en una época en la que cualquier actividad apostólica era imposible.

3. De san Francisco de Asís – del que Magdalena era devota – hemos recibido las “floreillas”: un florilegio (es decir, una “colección de flores”), una antología de dichos y hechos memorables que han marcado la vida del santo. Incluso de Magdalena, que amaba tanto las flores, se podían recoger las “floreillas”. En cierto sentido, también son tales las que, dictadas por ella, se proponen en este texto (revisado y actualizado), acompañadas de reflexiones – una por día – y de jaculatorias y letanías.

Las floreillas son una forma sencilla de dar las gracias y pedir esperando ser escuchados. Magdalena pedía, y al mismo tiempo daba las gracias. Y luego esperaba... Esperaba a que pasara el invierno y llegara la primavera, y las flores florecieran... Sembró y esperó. Y siguió sembrando y cultivando: las flores de la amistad, del compartir, de las sonrisas, del testimonio, de la laboriosidad... Las flores de Magdalena han florecido. Y, precisamente porque ahora está en la casa del Padre y es digna de nuestra veneración, sus flores siguen floreciendo y dando frutos. Ha llegado el verano, la época de la cosecha. Sus deseos y peticiones – lo que llevaba en su corazón, para sí misma, pero sobre todo para los demás – encontraron terreno propicio para morir y así poder renacer: de hecho, si la semilla, caída al suelo, no muere, no da fruto; sólo si muere, da fruto. Entonces ya no son sólo flores. Porque las flores han dado vida. El don, que es vida, es dicho sólo por la gratuidad y la fidelidad con que se da. Y lo dicen las muchas otras flores (las muchas otras virtudes) florecidas y cultivadas en el jardín de la vida y obra de Magdalena.

Floreilla:

Hagámoslo todo con mucho cuidado y con fidelidad, para que, ofreciendo nuestro obsequio a la Virgen María, ella pueda mirarnos complacida y sonreírnos como madre.

Jaculatoria:

Buscaba hermosas flores para rendir homenaje a María y mi mente no podía encontrar lo que más le gustaba. Lo que finalmente sintió mi corazón fue la victoria sobre sí mismo: la humildad, la abnegación, la fidelidad a la llamada.

Santa María:

Santa Madre de Dios, ruega por nosotros.

Santa Virgen de las vírgenes, ruega por nosotros.

Rosa mística, ruega por nosotros.

1

MIRANDO A MARÍA EMPEZAMOS A VOLAR.

1.1. “¡Mira a María y empieza a volar!”. Ésta es la invitación sublime que debería encontrar una pronta respuesta en toda alma generosa.

Nuestro viaje al Cielo – a la eternidad – es una travesía peligrosa. Efectivamente, hay distracciones, ráfagas de viento, caídas... ¿Cómo evitar o superar estas perturbaciones, que muchas veces son mortales? Un remedio seguro es mirar con atención a María, reina de nuestros corazones, y emprender el vuelo con valentía. Ella nos protegerá de las caídas y nos llevará a nuestra patria, el Cielo.

Sin embargo, para lograrlo, no basta con mirar a María. Debemos imitarla. Es decir, debemos tener a María como modelo y como ideal. Siempre debemos estar unidos a ella. Tenemos que trabajar para superarnos y levantarnos, para elevarnos.

Mirarla no es suficiente, porque podría ser una contemplación ociosa y estéril. Debemos elevarnos, debemos levantarnos del suelo, luchando y sacrificándonos con un esfuerzo generoso e incesante.

Estos dos elementos son los que constituyen una verdadera y sólida devoción a María.

1.2. Debemos mirar a María, imitándola en todo.

En la oración: para poder llegar a orar como ella. La oración de María era piadosa, recogida, perseverante, llena de confianza. Era una oración de alabanza y bendición al único Dios, Creador y Padre.

En el trabajo: para asegurarnos de lo que hacemos y realizamos refleja la perfección de María. El trabajo de María era sereno, sin celos y sin preocupaciones, sin lentitud y sin prisas inquietantes.

En las conversaciones: para “contagiarnos” de su bondad, de su amable condescendencia, de su sonrisa. María trataba a todos con sencillez, con modestia, con deferencia. Sus palabras eran siempre reflexivas y cuidadosas, dignas de su grandeza y de su bondad.

En el sufrimiento y en las enfermedades: para aprender de ella a sufrir con paciencia y resignación. Ninguna criatura ha sufrido nunca como la Madre de Jesús: mujer fuerte y tierna, «estaba junto a la cruz» (Juan 19,25). En medio de tanto dolor, nadie ha mostrado jamás un corazón tan grande, vibrante de ternura, como la dulce Reina de los mártires. ¡Bendito el que sabe imitarla!

Si la cruz es la que forja a los santos, entonces amemos el sacrificio y la abnegación, y así llegaremos al final de nuestra llamada: “Dios quiere que todos seamos suyos”.

1.3. «Todos los fieles, de cualquier estado o grado, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (*Lumen gentium*, 40). Para ello, debemos mirar siempre y en todo a María. Ella es el modelo por excelencia de todas las virtudes y, al mismo tiempo, es consuelo para los afligidos y fortaleza para los atribulados.

Mirando a María, iniciamos el vuelo hacia nuestra patria común, hacia el Cielo. No nos contentemos con subir. Debemos volar, sin tocar esta tierra, es decir, debemos tener el corazón siempre sumergido en Dios. Debemos santificarnos. Sí, vinimos a la Obra para santificarnos, ¡no para perder el tiempo!

Para volar tenemos dos grandes alas: ¡la oración y la mortificación! Y, para tener éxito, pidamos siempre la ayuda de María.

Florequilla:

Miremos, con los ojos del alma, el rostro amoroso de nuestra Madre inmaculada y, en sus reflejos de pureza, descubriremos la vida que ella nos pide que le ofrezcamos: una vida absolutamente para Dios.

Jaculatoria:

Mirando al Cielo, oh dulce Madre amada, debo iniciar un vuelo que junto a ti me eleve. Practicando las virtudes, será un vuelo de fidelidad y constancia, que demuestre que ahora soy sólo de Dios.

Santa María:

*Espejo de perfección, ruega por nosotros.
Consoladora de los afligidos, ruega por nosotros.
Reina de los mártires, ruega por nosotros.*



2

HABLAMOS COMO MARÍA.

2.1. En general todos hablamos mucho, de hecho, a veces hablamos demasiado. Por supuesto que no es posible evitar las palabras por completo: necesitamos hablar. La caridad y la educación lo requieren y lo exigen. ¡Pero cuántas palabras inútiles hay en nuestra vida!

Dejando de lado nuestros deberes, y atendiendo exclusivamente a un comportamiento amable, con personas que comparten nuestros mismos ideales y aspiran a una mayor perfección y a una fidelidad más constante a Dios, preguntémosnos si tenemos la fuerza y el coraje para hablar de lo que nos gusta y que quisiéramos amar cada vez más.

Sería triste responder que hablamos muy poco del buen Dios, de la santísima Virgen María, de las gracias recibidas de nuestra Gemma, y de lo que podría ayudarnos a crecer en nuestra correspondencia a la gracia.

2.2. Es cierto que, en algunos de nosotros, puede haber una cierta timidez. En otros puede haber una cierta delicadeza y reserva, por lo que no se quiere imponer a los demás. Lamentablemente, también hay un mísero “respeto humano”, por lo que uno no tiene el valor de expresar sus convicciones y no se atreve a reaccionar contra nadie.

Pero los santos y las santas actúan de manera diferente. “Cuánto amo a ‘mi Mamá’, la santísima Virgen”, exclamaba santa Gemma. Y también: “¡Cuán pequeño es nuestro corazón, para alabarla dignamente!”. Los santos tienen una predilección por María.

Aprendamos de María el uso de las palabras. Ella fue una mujer de pocas palabras: agarrada por la palabra de Dios, vivía su esencialidad, sabiendo distinguir lo genuino de lo que es sólo un sustituto. María iba al fondo de las cosas, sin retórica. Prefería rezar y trabajar antes que charlar. Guardaba silencio incluso cuando hablaba, por respeto a la presencia del misterio, «envuelto en el silencio por siglos eternos, pero ahora manifestado» (Romanos 16,25-26).

2.3. Es cierto, y no hay duda, que la gente del mundo encuentra cansada la oración, mientras que una conversación agradable sirve para relajarse.

Pero, ¿en qué consiste la conversación y en qué consiste la oración? La conversación es un entretenimiento con la gente. La oración es un entretenimiento con Dios, es una “conversación” con él.

A santa Gemma le gustaba mucho rezar, “conversar” con Dios, y entretenerse con la santísima Virgen María. Se había quedado huérfana de niña y, desde entonces, se acostumbró a llamar a Nuestra Señora “mi querida Mamá”, con mucha naturalidad y confianza filial. Gemma hacía lo mismo con Jesús.

¡Qué mejor ejemplo podríamos tener que el de Gemma! Como ella supo amar a la Virgen con tanta confianza, como para hacerla participar de sus alegrías y preocupaciones, que sea así nuestro amor por María.

Amemos a María y hagámosla amar. Hablemos con María y seremos un reflejo de su amor. Amemos a María, enamorándonos de su pureza nos proponemos repetir a menudo, de todo corazón, muchas – aunque sean pequeñas – expresiones de amor a María.

Ella es el cofre precioso de la Palabra. Ella, que «lo guardaba todo en su corazón» (Lucas 2,51), puede admitirnos en su escuela y hablarnos de sus citas secretas con Dios.

Florezilla:

Siguiendo el ejemplo de los santos, que se recreaban hablando de la Virgen María y de los argumentos sobre la perfección, nos proponemos con decisión santificar todas las horas de nuestros días, en primer lugar cumpliendo con nuestro deber, para acercarnos a la perfección, a la que aspiramos.

Jaculatoria:

En Nazaret, oh María, llegaste a la sublime perfección, que nunca tendrá parangón, ya que, desconocida para el mundo, la hiciste divina, siguiendo la voluntad del Altísimo. ¡Que sepa pertenecer a Dios durante toda mi vida, sin perder ni un momento!

Santa María:

*Madre de la gracia divina, ruega por nosotros.
Sierva de la Palabra, ruega por nosotros.
Madre purísima, ruega por nosotros.*



3

UNA CARICIA DE LA VIRGEN MARÍA.

3.1. El Evangelio dice: «Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mateo 6,21). Y nuestro tesoro es Jesús, entonces nuestro tesoro también es María.

Su mirada, su recuerdo, todo lo de ella y en ella nos habla de nuestra vocación. Somos sus hijas, pero queremos y debemos ser dignas hijas de María. ¡Entonces necesitamos su ayuda, necesitamos su caricia!

La Sagrada Escritura dice que están en las manos de Dios también el amor y el odio, pero el hombre no sabe nada de lo que le espera (cf. Qoelet 9,1). Nadie puede saber si es digno del amor del Señor. Pero nos gustaría al menos ser dignas de ello, ya que no podemos merecerlo. Nos gustaría mucho que la Virgen María estuviera contenta de nosotras, o al menos que nunca la hiciéramos llorar ofendiéndola. Nunca quisiéramos ofender gravemente al Señor, más bien preferiríamos morir.

Y nunca quisiéramos dejar el Instituto, en donde nos ha puesto su amor. Por eso le pedimos nos conceda la gracia de la perseverancia.

3.2. Una caricia, además de ser una prueba de amor, es un signo de perdón. Por tanto, ahora nos dirigimos directamente a María, nuestra Madre. Cada una de nosotras está invitada a dirigirse personalmente a María pidiendo perdón y proponiendo un mayor compromiso.

“Cuánto necesito ser perdonada por el Señor, considerando mi superficialidad, mi infidelidad, mi inconstancia. Perdóname también tú, dulce Madre mía, y hazme sentir, en tu caricia, la certeza del perdón del Señor. Te prometo amarte cada vez más y que continuaré siguiendo el camino de la virtud cada vez con más decisión. Sí, oh, Madre mía, Virgen María, yo también – como nuestra Gemma, que te amó tanto y te fue tan fiel – me propongo ser fiel a mi deber diario. Seré mucho más diligente a partir de ahora. Sólo en ti buscaré consuelo en las pruebas, fuerza en las tentaciones, alegría en la tristeza, valor en la debilidad, estímulo en mi inconstancia. Y sobre todo buscaré el amor de Jesús”.

3.3. Imitemos el amor que Gemma tenía a Jesús y a María. No busquemos consuelos terrenales, más bien anhelemos los del Cielo. Tenemos que santificarnos, por eso vinimos al Instituto y estamos en él.

Dios nos ama a todos por igual. Hombres y mujeres, nuestros hermanos y hermanas, esperan nuestro testimonio. No podemos permanecer impasibles, ni podemos jugar con la gracia. ¡El Señor nos la podría retirar! Debemos aspirar a la perfección. Así seremos siempre de Jesús hasta la muerte y lo “poseeremos” eternamente en el Cielo. Pidamos todo esto por intercesión de María.

Ella nos muestra la ternura del Padre, nos revela su rostro maternal. La omnipotencia de la ternura de Dios se hace “impotente” en el Niño que la Madre nos ofrece. Porque Dios “abaja a los soberbios” y “a los poderosos de sus tronos” y “enaltece a los humildes” (cf. Lucas 1,51-52). Y el Hijo de Dios y de María, en su encarnación y en su nacimiento, nos invita a la “revolución de la ternura”.

Florezilla:

Para poder recibir una caricia de la santísima Virgen, ¿qué no haremos? A partir de hoy pongamos mucho más empeño en el fiel cumplimiento de nuestro deber, para que, por la noche, cuando ofrezcamos todas nuestras acciones del día a Jesús y a María, podamos estar seguras, aunque no los veamos, de que nos miran complacidos. ¿Puede haber caricia mejor que la mirada de Jesús y de María?

Jaculatoria:

¡Oh Virgen Madre mía, estrella de mi alma! En la Obra encontré la paz mi pobre corazón. Y ahora sólo desea que tú vuelvas tus dulces ojos hacia mi vocación. Lo único que espera es una dulce caricia, que sellará mi devoción por ti.

Santa María:

Sierva humilde y pobre, ruega por nosotros.

Madre de la ternura, ruega por nosotros.

Madre de la perseverancia, ruega por nosotros.

4

MARÍA NOS MIRA, MARÍA ME MIRA.

4.1. La mirada de María inmaculada es una mirada de madre. Ella fue la mujer de la primera mirada a Dios hecho hombre: elegida por los siglos eternos, para dar una digna bienvenida en la tierra al Salvador de los hombres. Ella fue la primera criatura en la tierra que Dios miró con sus ojos. Y gusta pensar que ella haya sido la primera en dar una mirada, el “tercer día”, a su Hijo resucitado, renovado por el poder del Espíritu.

María, nuestra Madre, también nos mira. Nos ve, su mirada está fija en cada una de nosotras, su mirada está en mí. ¿Y hay algo más dulce, para el alma, que la presencia de María, que su mirada, que la guarda y la protege?

Por tanto, no debemos sentirnos solas, porque María está cerca de cada una de nosotras con su mirada llena de fe, con su dulzura, con su misericordia, con su amor. Ella nos envuelve en una atmósfera de paz y de devoción.

Su mirada debe poner en nuestros labios palabras afables y llenas de amor; y en nuestro rostro, en el rostro de cada una de nosotras, se reflejará ese “no sé qué” de bondad, esa dulce atracción que penetra en los corazones y, al tocarlos, los cambia. Esa mirada será como una suave unión entre cada una de nosotras y las personas con las que estamos tratando. En todo nuestro comportamiento habrá “algo” de María.

4.2. Comprometidas con el fiel cumplimiento de nuestro deber – aunque esto nos llene nuestro corazón y nuestra mente de preocupaciones, inmersas como estamos en el trabajo material – levantemos los ojos y siempre veremos la mirada de María por encima de nosotras.

Esa mirada equilibrará todas nuestras actividades desproporcionadas, alejará las preocupaciones que nos pueden turbar, infundirá en nuestro corazón esa calma y esa dulce paz que da paso a actuar sin precipitaciones, a sufrir sin turbarnos, a prevenir sin angustias, a perseverar sin presunción.

Esa mirada de María nos invita dulcemente a levantar los ojos al Cielo. ¿Y qué no haremos para avanzar cada vez más en el camino que debe llevarnos al Cielo? ¡Camino nada fácil!

Miramos siempre a María, la dulce Madre de nuestra Obra. Casa Nostra nació bajo su mirada, y está creciendo bajo su protección.

Que cada una se dirija hacia ella invocándola: “¡Oh Madre mía! Que tu mirada me proteja, me defienda y me conduzca siempre hacia tu Hijo, mi adorado Jesús. Yo soy suya y quiero serlo hasta la muerte, sirviendo en esta Casa Nostra, tan querida del Cielo y a donde me trajo la divina llamada”.

4.3. «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Quizás la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?» (Romanos 8,35). Pruebas, sufrimientos, muerte... no temamos a nada si la dulce mirada de María nos acompaña. Sus ojos nos infunden luz, fuerza y generosidad para luchar hasta el final. Estamos seguras que, después de haberla mirado aquí en la tierra, se nos permitirá contemplarla también en el Cielo. Aquí en la tierra el trabajo, allá en el Cielo la recompensa. Así lo queremos, y no de otra manera: para conquistar una eternidad feliz es muy poco lo que sufrimos en la tierra.

Viviremos en el mundo pensando siempre que sólo estamos de paso. Este pensamiento infundía mucha fuerza en santa Gemma, y eso nos sirva de estímulo en la práctica de las virtudes.

Florequilla:

Vivimos bajo la dulce mirada de la santísima Virgen. Y valoremos todas nuestras obras, incluso las más humildes, con este pensamiento: “La Virgen me ve, la Virgen me ama, procuraré darle consuelo permaneciendo fiel a Jesús”.

Jaculatoria:

¡Dulces ojos de María, que me miráis con amor! Sí, miradme noche y día, porque me habláis del Señor.

Santa María:

*Reina del amor, ruega por nosotros.
Madre de misericordia, ruega por nosotros.
Virgen fiel, ruega por nosotros.*



5

VIVIR AL SERVICIO DE MARÍA.

5.1. “Estoy al servicio de María”: es un pensamiento lleno de luz, que debe darnos mucho consuelo.

Estar al servicio de alguien significa depender de él, tanto en el trabajo como en el tiempo y en la forma de hacerlo. ¡Y nosotras estamos al servicio de María! ¡Qué gracia la nuestra! ¡Qué felices debemos ser!

La Madre de Jesús nos dijo a cada una de nosotras: “¡Ven, te necesito!”.

¿Me necesita la Madre de Dios? “Sí, yo te necesito. Necesito tu voz, tus palabras, tus labios, tus pies, tus manos. ¡Ven! Cuento contigo”. Esto nos dijo la santísima Virgen a cada una de nosotras, y nosotras lo intuimos. Entendimos este lenguaje y este deseo de su corazón, y nos hemos consagrado a ella, nos hemos dado todas – totalmente – a su Hijo Jesús, pero por medio de ella, de María.

¿Puede haber camino mejor?

5.2. Más de una vez, sin duda, la Virgen nos ha susurrado: “¡Tu corazón, que me lo has dado, debes hacerlo vibrar más por Jesús!”.

Nos hemos entregado a María y, en recompensa, la Virgen quiere entregarse a nosotras, quiere servirse, quiere actuar a través de nosotras.

Allá arriba, en la gloria del Cielo, ella no pronuncia sensiblemente esas palabras llenas de fuerza que pronunciaba en la tierra. Busca labios que puedan transmitir las a los corazones. Quiere una voz que sea la depositaria de su voz, y así comunicarse con las personas tristes y atribuladas.

Busca una sonrisa humana, a través de la cual pueda hacer que su sonrisa llegue a muchas almas tristes, para atraerlas, tranquilizarlas y difundirles un pequeño rayo de sol, un poquito de cielo.

Ella no puede secar concretamente las lágrimas de los afligidos y de los que lloran: por eso busca una mano afectuosa, para dar esta prueba de bondad materna.

No puede caminar con sus propios pies en busca de la oveja perdida, ni puede ir hacia los que están alejados de Dios. Entonces busca entre nosotras alguna persona que corra, que vaya en busca de los perdidos, a quien ella, llena de amor y vibración, siempre está esperando.

5.3. A nosotras, sus fieles servidoras, las “servidoras de María”, María nos repite suavemente: “¡Ven! Te necesito. Necesito tu palabra, tu sonrisa, tus manos, tus pies, pero sobre todo necesito tu corazón. ¡Dámelo todo, cuento contigo!”.

¿Hemos pensado, reflexionado en esto alguna vez? ¡Somos del servicio de María! ¡Estamos al servicio de María!

María eligió para sí misma el título de “sierva”. Respondiendo al ángel del anuncio, dijo de sí misma: «He aquí la sierva del Señor» (Lucas 1,38). Y en el *Magnificat* afirma que Dios «miró la humildad de su sierva» (Lucas 1,48). Sierva del Señor, se entregó a él en cuerpo y alma: “colaboradora familiar” en su obra de salvación, interpretó el servicio como una verdadera pertenencia a la “estirpe de Dios”.

Pidámosle la gracia de aquellos siervos que el Señor, al volver en medio de la noche, los encontrará todavía despiertos, y él mismo irá a servirlos (cf. Lucas 12,37).

Florequilla:

Pensemos que pertenecemos a María, que para nuestra felicidad estamos dedicadas a su servicio. Y, en todas nuestras acciones, preguntémonos: “¿Cómo actuaría la Virgen María?”.

Jaculatoria:

Mil veces sea bendito el día memorable, en el cual fue posible para nuestra alma seguir la llamada del Señor, dejar lo caduco, hacer rápido camino en el servicio divino hacia la perfección. Sí, María, nuestra Madre, a Dios y a ti serviremos, ofreciéndoos con alegría alma, vida y corazón.

Santa María:

Sierva del Señor, ruega por nosotros.

Discípula perfecta de Cristo, ruega por nosotros.

Madre de los discípulos, ruega por nosotros.



6

LA FELICIDAD DE LOS QUE SIRVEN A MARÍA.

6.1. Quienes sienten un amor particular por María pueden considerarse “bienaventurados”, felices para siempre. Sin embargo, es necesario corresponder a este amor y demostrarlo con hechos. En la tierra no hay mayor alegría que la que siente un corazón que se ha entregado a María para amarla y seguirla, y con ella poder amar y servir cada vez mejor a Jesús.

Es dulce pensar que María nos ama, nos mira, nos sostiene. Cada una de nosotras confía en ella y, si se abandona a ella con confianza, ella la guía. Quien ama a María y espera en ella, nada debe temer.

Si se quiere gozar de la verdadera paz del alma, no existe nada mejor que la tranquilidad de la conciencia: y, para obtenerla, no hay nada mejor que el fiel cumplimiento del propio deber, allí donde Dios nos quiere y en las circunstancias que él permite. Por tanto, para quien sólo quiera responder con generosidad a la voluntad del Señor, no importa si para conseguirlo recurre siempre a María, ¡porque es Madre de bondad y la llena de gracia!

6.2. Recordemos a menudo esta expresión, que debería darnos siempre mucha fuerza: María es nuestra Madre de bondad, es la llena de gracia.

Entonces, “lancémonos” hacia María. Abrámosle las puertas de nuestra alma. Si nos encomendamos a su inmaculado Corazón, la Virgen disipará todas las nubes que encontremos y que nos turben. Ella desvanecerá todos nuestros miedos y todo lo que nos impida remontarnos en vuelo hacia el infinito de Dios: vuelo de amor y de correspondencia a su gracia.

Sólo cuando el alma vive en la disposición de amar y de servir cada vez más al Señor, abandonada con confianza a María, sólo entonces puede decir que ha encontrado, ya en este mundo, “el secreto de la felicidad”. Sólo entonces puede decir: “Soy feliz, amo a María, y con ella quiero amar a Jesús. El ideal de mi vida es sólo amar y ser totalmente de Jesús y de María. ¡Qué felicidad es la mía! ¡Y qué honor!”.

6.3. Como Gemma, debemos vivir para Jesús, debemos vivir para María. Y seguir así día tras día, año tras año, el camino que el Señor, en su infinita bondad, ha pensado y trazado para nosotras. Y que esto nos ocurra tanto en la luz como en la oscuridad: debemos ser fieles y seguir siempre adelante. Dios es quien nos ha elegido. ¡Somos del jardín de Gemma!

En medio de tanta paz, debemos estar siempre agradecidas: en la noche del silencio, en la oración, en el trabajo. Debemos cantar, como el ruiseñor, los más bellos salmos de gratitud, de amor, de constancia y de fidelidad a nuestro Dios, y así alcanzaremos nuestra meta.

Recordemos, por tanto, que no hay mayor gozo que el del espíritu. Y esta alegría brota de la respuesta fiel al soplo de la gracia. Es la alegría del amor. No hay nada más bello que ser alcanzado y sorprendido por el Evangelio, y no hay tarea más bella que la de prestar un servicio a la alegría de Dios, que entra en la historia y en la vida de los hombres.

Estamos “hechos para Dios” y llamados a dialogar con él, para alabarlo, amarlo y dejarnos amar. ¡Un Dios que es amor y un hombre que está hecho para amar! Gracias a este amor, estamos llamados a recrear la misma novedad del amor en el recuerdo agradecido de nuestro origen desde el amor de Dios.

Sólo los que saben afrontar el esfuerzo de las ascensiones del espíritu pueden experimentar de verdad la alegría verdadera, la alegría del amor.

Florezilla:

Estimamos lo del espíritu como el mayor gozo. Y puesto que se obtiene mediante la respuesta fiel al suave soplo de la gracia, estemos a punto y santamente decididas a alcanzar la perfección a la que Dios nos llama.

Jaculatoria:

¡Qué grande es la alegría del alma consagrada a Jesús y María para servirlos! No hay nada en el mundo que se le pueda comparar. Vivir sólo para Dios constituye una fecunda felicidad.

Santa María:

*Madre del Señor, ruega por nosotros.
Alegría de Israel, ruega por nosotros.
Bendita porque creíste, ruega por nosotros.*



LA PUERTA DEL CIELO.

7.1. La Iglesia ha incluido esta significativa invocación entre las letanías de la Virgen: “*Ianua Coeli*, María, puerta del Cielo, ruega por nosotros”.

Pasar por una puerta sin forzarla significa estar familiarizado con el lugar donde se entra o se sale. Por otro lado, cualquiera que entre en una casa sin pasar por la puerta corre el riesgo de ser considerado un ladrón. Jesús dijo: «En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido» (Juan 10,1).

Por tanto, no se puede entrar en el Cielo sin pasar por la puerta que Dios mismo ha establecido, y esta puerta es María. María es la puerta del Cielo. María fue la puerta por la que Jesús entró en el mundo. Asimismo, ella debe ser la puerta por la que nosotros entremos en el Cielo.

7.2. María es la puerta del Cielo gracias a su “sí” a Dios en la Anunciación. Dios entra familiarmente en la humanidad, sin forzarla, a través de la docilidad del “sí” de María. La puerta de esta humanidad es una mujer que concibe un niño, el Hijo de Dios, ¡permaneciendo Virgen inmaculada!

¡María es también la puerta del Cielo para que, a través de ella, podamos llegar a su Hijo Jesús! ¡Ella trae a Dios y nos lleva a Dios! La primera entre todos los santos por su gracia especial de ser la santa Madre de Dios, María continúa ayudándonos, para que lleguemos a Cristo, en el Cielo. El Cielo es la “posesión” de Dios, de su amor, de su gloria, de la eternidad.

Nuestro Jesús, el único Amado de nuestras almas, a quien amamos totalmente y con todo nuestro corazón, aunque aquí en la tierra no lo podamos ver, en el Cielo lo veremos, lo “poseeremos” sin reserva y para siempre. El Cielo es la victoria de Dios, es contemplarlo cara a cara, es cantar el eterno e incesante “Santo, Santo, Santo” en un éxtasis eterno, junto a los ángeles y a los santos.

Y la puerta por la que debemos pasar para disfrutar de estas divinas maravillas es María, nuestra Madre.

7.3. Cuánta razón tienen los santos para decir: “Todo para Jesús, por tanto, todo con María, nada sin María”. Sí, ciertamente que todo nos viene de Jesús a través de María, ya que todo lo que nos desciende del Cielo – gracia, ayuda espiritual, luces, consuelos – todo pasa por la puerta, que es María. De la misma manera, todo lo que sube al Cielo – oraciones, sacrificios, actos de virtud – todo debe pasar por la puerta, por las manos y el corazón de María.

Un día Jesús dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán» (Lucas 13,24). Para poder entrar en el Paraíso hay que atravesar un pasaje estrecho: en el sentido de que, para salvarse, hay que amar a Dios y al prójimo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Y esto no es cómodo, es una “puerta estrecha” porque el amor siempre es exigente, requiere “esfuerzo”, es decir, una voluntad decidida y perseverante de vivir según el evangelio.

El Señor nos reconocerá sólo por una vida humilde, una vida buena, una vida de fe que se traduce en obras. La Virgen María pasó “por la puerta estrecha”, que es Jesús. Lo recibió con todo su corazón y lo siguió todos los días de su vida, incluso cuando no entendía, incluso cuando una espada le atravesaba el alma. Por eso la invocamos como la “puerta del Cielo”: una puerta que sigue exactamente la forma de Jesús, la puerta del “Corazón de Dios”, un corazón exigente, pero abierto a todos.

Floreilla:

Ante el deseo de llegar al Cielo, consideremos que la puerta es María santísima. Y cuanto más grandes sean nuestros deseos de perfección, más plenamente los encomendaremos a nuestra dulce Madre, la Virgen, para que gracias a ella se realicen.

Jaculatoria:

Oh, Madre mía, Puerta del cielo, dejadla abierta para poder entrar. Al llegar nuestra hora postrera que no haya barrera que nos impida volar de este mundo a la gloria del Cielo, pues no hay otro anhelo para el corazón, que sirviendo a Jesús, y a ti, oh María, ya es una anticipación.

Santa María:

*Puerta del Paraíso, ruega por nosotros.
Escalera del Cielo, ruega por nosotros.
Ayuda del pueblo de Dios, ruega por nosotros.*

8

EL AMOR POR MARÍA ALIMENTA EL AMOR POR JESÚS.

8.1. Los devotos de María son verdaderamente felices. Y, en la medida en que uno ama a María, también siente crecer el amor por Jesús. Nada más bello y más grande se puede hacer para agradar a María que ofrecer todo el corazón a Cristo, su Hijo. ¡Si supiéramos cuánto desea María, nuestra Madre, encontrar personas que sigan el camino que ella trazó: es decir, preferir, a cualquier honor, el amor a Dios, y por tanto ofrecer al Señor, con generosidad y decisión, todo el corazón!

Dios nos ama tal como somos. Dios nos ama por siempre. Dios nos ama totalmente. La prueba de este amor infinito de Dios está en el pesebre de Belén, en la vida escondida de Jesús en Nazaret, en su camino a Jerusalén anunciando el reino de Dios, luego en su angustia mortal en Getsemaní, y finalmente en su crucifixión, cuando derramó su sangre por nosotros.

¿Todo esto nos parece poco? A él no le pareció mucho, dado que, a tanto y tal amor, quería sumar la institución de la sagrada Eucaristía, dejándonos así, como alimento espiritual, su cuerpo y su sangre.

8.2. ¡Ante tanto amor, debemos corresponder!

Quizás nos parezca demasiado confidencial decirle a Jesús: “¡Señor, te amo!”. Pero debemos decírselo con toda la confianza, porque el Señor espera esto, lo desea de nosotros.

Tenemos que decírselo, incluso si nos reconocemos indignos. Ésta no es una buena razón para no decirle a Jesús: “Te amo”. Él nos amó primero. Él viene a nuestro encuentro, nos rodea con sus brazos, nos abre su corazón y nos pide que lo amemos con toda nuestra ternura. Se comporta con cada una de nosotras como el padre misericordioso del hijo pródigo: «Lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos» (Lucas 15,20).

8.3. Entonces, ¡que todo el amor de nuestro corazón sea para Dios! Ofrezcamos lo más alegre y hermoso que encontremos en el horizonte de nuestra vida. Ofrezcamos cualquier sacrificio. Todo debe parecernos poco para el Amado. Ofrezcamos fielmente, todos los días, el cumplimiento de nuestro deber, realizado exclusivamente por amor.

Quizás el Señor no nos pide cosas extraordinarias. Sin embargo, nos pide que seamos atentas, fieles, observadoras y vibrantes en la realización del trabajo que nos ha sido encomendado. Nos pide que lo amemos tal como somos, pero con la férrea aspiración de ser cada vez mejores, de ser menos indignas de su amor.

El modelo es María. «Mientras vivía en la tierra una vida común a todos, llena de inquietudes familiares y laborales, siempre estuvo íntimamente unida a su Hijo» (*Apostolicam actuositatem*, 4). Vivía en la tierra, no “en las nubes”. Sus pensamientos no eran “descabellados” y sus gestos eran concretos, como ama de casa y madre de familia. Vivía la vida de todos. Compartía con la gente de Nazaret las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias. Ella también llegaba cansada por la noche, después de un día de trabajo. Antes de ser coronada reina del Cielo, pisoteó el polvo de nuestra tierra.

Florezilla:

Pensemos a menudo en el amor de predilección con el que el Señor nos ha señalado; reflexionemos sobre si correspondemos a tanto amor del Señor, con determinación y decisión absoluta; ofrezcamos al Señor todas las acciones del día por amor.

Jaculatoria:

Oh Dios mío, que me llamaste a la Obra, a tu jardín, quiero consumirme en tu amor y amarte siempre, sin fin.

Santa María:

*Madre digna de amor, ruega por nosotros.
Virgen del amor, ruega por nosotros.
Reina de la familia, ruega por nosotros.*



9

INFLUENCIA SUAVE, EFICAZ Y PENETRANTE DE LA MIRADA DE MARÍA.

9.1. ¡Si viviéramos pensando siempre en la mirada amorosa de María hacia nosotros! ¡Cuánto esfuerzo pondríamos en la lucha continua y constante, que hay que hacer para caminar y progresar por el camino de la virtud! Cuán generosos seríamos en el cumplimiento fiel de nuestro deber y en la puesta en práctica de las buenas enseñanzas que recibimos en la Obra.

Debemos recordar más a menudo que la mirada de María no es una mirada vacía, sino que es una mirada que nos recuerda lo que Jesús quiere y espera de cada una.

No debemos olvidar nunca que la mirada de María es una mirada de madre, es la mirada de la madre de Dios y madre nuestra.

Es una mirada que se asemeja a la de Jesús, que es fuente de gracia y de fuerza, y nos impulsa siempre al bien.

Cada una de nosotras debería invocar: “¡Oh mirada bendita de María!, acompáñame, péntrame, transfórmame, haz que me parezca cada vez más a ti”.

9.2. Quienes viven bajo la mirada de María no deben temer nada: ni los sufrimientos, ni las derrotas, ni las tentaciones. La mirada de María infunde paz y nos recuerda que Dios permite ciertos acontecimientos para fortalecernos, para probarnos, para ver si realmente lo amamos sobre todo.

Si en esas ocasiones volvemos la mirada hacia María, seguramente que ella nos dirá: “Por mi amor, por el amor de Jesús, vence la tentación, ofrece tu servicio, perdona a los que te ofenden, corrige tu comportamiento, sé fiel y atenta en el cumplimiento de tu deber; y desde hoy promete dar siempre un buen ejemplo”.

La mirada de María da sentido a nuestra expectativa. La verdadera tristeza se da cuando ya no esperas, cuando la vida se desinfla, porque

has perdido el gusto por la vida. María es la Madre Virgen en espera: del nacimiento del Hijo concebido en ella por el Espíritu; del día en que el Hijo la habría dejado para la misión que le había encomendado el Padre; de la hora, en la que Jesús se habría dado del todo a sí mismo, y el Padre lo habría glorificado; del Espíritu Santo prometido...

Que María, dé sentido a nuestra espera y avive el aceite de nuestras lámparas, para que no se apaguen.

9.3. Por el amor de María, nuestra Madre, elevemos nuestra mirada, levantémonos después de cada caída, vayamos hacia ella. Que su mirada sea para nosotros la luz, sea como el rocío, sea como un rayo de sol.

Busquemos la mirada de María y correspondamos a tanto amor, proponiéndonos pensar muchas veces que María nos ve, nos asiste, y quiere ayudarnos en la escalada de amor al Señor.

Que cada una de nosotras se dirija a ella y le diga: “Madre mía, serás mi modelo. Mirándote, sentiré lo que Jesús quiere de mí. Ayúdame, Virgen santa, a ser fuerte, a no vacilar, a mantenerme fiel a lo que Jesús quiere y espera de mí. Ayúdame a mantener mi compromiso y a serte agradecida porque, junto a Jesús, tú me has llamado a Casa Nostra. Hazme el don de la fidelidad y de la perseverancia hasta la muerte, y te prometo, junto con todas las demás Operarias del Instituto, responder a tantas gracias”.

Que la Virgen de la espera nos haga vivir nuestra consagración como un tiempo de esperanza.

Florezilla:

Pensamos que, incluso cuando nos distraemos en la práctica de las virtudes, la dulce mirada de María siempre nos acompaña. Sí, María nos ve, nos asiste y, con los brazos abiertos, sólo espera que nos lancemos hacia ella, para incendiar nuestras almas con el calor de sus virginales ardores de amor divino. En unión con la Virgen, amemos al Señor siempre y cada día más.

Jaculatoria:

*Oh María, tú serás mi ideal y hacia ti mantendré fija la mirada;
que tus virtudes se reflejen en mí y me acerquen al reino celestial.*

Santa María:

*Bendita entre las mujeres, ruega por nosotros.
Estrella de la mañana, ruega por nosotros.
Refugio de los pecadores, ruega por nosotros.*

10 AQUÍ ESTOY, MADRE MÍA.

10.1. Estas palabras – “aquí estoy, Madre mía” – son un eco amplificado de la sublime respuesta que la Virgen María dio a las palabras del ángel de la Anunciación.

Le dijo que se “regocijara” porque estaba “llena de gracia”, que el Señor estaba “con ella”. Le dijo que “no temiera”. Sobre ella “descendería el Espíritu Santo” y “el poder del Altísimo la cubriría con su sombra”. Concebiría y daría a luz un hijo, el “Hijo del Altísimo”, “el santo”, “el Hijo de Dios”. Lo llamaría “Jesús”. Y María dijo: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (cf. Lucas 1,28-38). “*Ecce ancilla Domini*, aquí está la esclava del Señor”.

En ella se manifestó la gloria de la gracia, un don muy especial del Señor, un don que tiene su origen en Dios mismo, que es el amor. Y ella se entregó a Dios por completo y sin reservas, manifestando la obediencia de la fe y entregando plenamente el entendimiento y la voluntad.

10.2. “¡Aquí estoy, Madre mía!”. Tenemos que decirlo con frecuencia: “Aquí estoy, haz lo que quieras conmigo. A ti te gusta lo que le gusta al Señor. Soy tuya. Aquí estoy”. Son palabras de la más alta expresión de amor. Son palabras que contienen todo el código de perfección.

“Todo lo que tengo es un regalo gratuito de Dios: mi inteligencia, mi memoria, todo. A él le consagro, y te consagro a ti, mi cuerpo, mi mente, todo mi ser. Estoy dispuesta a trabajar, a sufrir, a amar, a entregarme, a ponerme al servicio de mis hermanos y hermanas por amor, en el lugar bendito donde me llamó el Señor, en la Obra de Magdalena Aulina”.

Cada mañana, y cada vez que levantemos la mirada al Cielo, repetimos: “Aquí estoy, mi dulce Madre: dispón de mí en todo momento”.

Y, con esta simple jaculatoria, seguramente seremos capaces de atraer no sólo sobre nosotras, sino sobre todos los miembros del Instituto, la gracia del Cielo, que santificará nuestro trabajo y nuestras obras, y así podremos hacer el bien, aunque nuestras acciones no sean visibles



o poco visibles. Podremos ser una fuente oculta, que en todo caso habrá rociado y fertilizado el espíritu y el trabajo de los demás miembros del Instituto.

10.3. No nos cansemos de repetir: “Aquí estoy, Madre mía, *ecce ancilla Domini*”. Y, después de haberlo repetido con todo nuestro corazón, estemos tranquilas, aceptando – como venidos de la mano de María – todos los acontecimientos y todas las circunstancias del día, prósperas y adversas. “*Ecce ancilla Domini*”.

¡Dichosa aquella alma que Jesús y María encuentren tan disponible y vigilante!

Para probar nuestra fidelidad, puede parecer que Jesús nos deja solas o permite que una acción parezca imposible de realizar. Pero ciertamente nos susurra: “¡Hija mía, te necesito!”. Y él mismo, incluso en los momentos más oscuros, nos da la fuerza para repetir: “*Ecce ancilla Domini*”.

¿Qué no se puede esperar de los que están tan disponibles y “abandonados”, de los que están tan llenos de amor filial, de los que viven con tanta intensidad y lo hacen todo para conformar su voluntad a la del Señor? Toda su intimidad, con Jesús y con María, será muy fecunda.

“*Ecce ancilla Domini*. Aquí estoy, Madre mía”.

Florezilla:

Enamorémonos de la santísima Virgen y de sus virtudes, y corramos a su Corazón para encontrar en él la fuente inagotable de la gracia divina. De esta forma podremos alcanzar la perfección, ya que María es la mediadora de todas las gracias.

Jaculatoria:

Aquí nos tienes, María, ¡madre nuestra! Junto a ti, ¡qué dulce es la virtud! ¡Oh, cuan atractiva se nos muestra!

Santa María:

*Tú que has acogido la Palabra, ruega por nosotros.
Tú que has colaborado en la obra de la salvación, ruega por nosotros.
Mediadora de gracias, ruega por nosotros.*



11.1. “¡Oh dulce Madre nuestra, nuestro ideal es pertenecer a Dios, pertenecer sólo a él, viviendo siempre unidos a ti! ¡Que puedas hacer de nosotras lo que quiere nuestro amado Jesús!”.

Sabemos que, a solas, no podemos hacer nada, ni siquiera pronunciar el adorado nombre de Jesús, ni podemos discernir lo que es bueno de lo que no lo es. Pero sabemos que podemos contar con una mirada, con la mirada de María, que es una mirada llena de amor y de confianza. Podemos contar con una sonrisa, con la sonrisa de María, que es una sonrisa que nos estimula y nos da prueba de su amor y de su fidelidad.

“Nadie puede perderse si permanece cerca de ti, Virgen santísima. Asegurémonos de ser y seguir siendo sencillas, y de abandonarnos a ti como lo hace un niño con su madre”.

11.2. ¡Cuánto nos ama María! Ella conoce bien el amor, porque estaba enamorada, porque vivía el amor de esposa y de madre. Ella es la madre del hermoso amor.

Respondamos a su amor maternal con total abandono en sus brazos. Nos lo recuerda, en nuestra capilla de Banyoles, la imagen de la Virgen de la Providencia, que tiene en sus rodillas al Niño Jesús completamente “abandonado”.

La Virgen conoce nuestro “abandono” y nuestra plena confianza. Ella sabe que, después de Jesús, sólo la amamos a ella, contamos con ella, esperamos su ayuda.

Y, cercana a Jesús, ella se preocupa por todo lo que nos concierne. Ella nos enseña a caminar por los senderos de las virtudes. Nos ayuda a superar los obstáculos cuando los encontramos. Nos ayuda a escalar montañas y evitar precipicios. Ella nos apoya, nos anima, luego se aleja un poco, para que hagamos el esfuerzo nosotras mismas. Sin embargo, evita que caigamos cuando, confiando sólo en nuestras fuerzas, queremos caminar un poco precipitadamente y peligrosamente.

Ella sonríe al ver nuestros esfuerzos para ser más generosas, más serenas, más humildes. Sobre todo, se goza por nuestra vida interior más intensa.

11.3. Siguiendo su ejemplo, no podemos equivocarnos. Ella nos conoce y quiere la mayor gloria de su divino Hijo, y por eso vela para que nosotras también nos empeñemos por la gloria del Señor.

Para ello puede pedirnos una prueba: sufrir sin murmurar, aceptar la humillación sin quejarse, soportar un gran esfuerzo sin ninguna ayuda externa, orar sin consuelo, tolerar una calumnia sin inquietarnos ...

Exigirá todo esto, y quizás más. Pero no temamos: nuestra buena Madre vela por nosotras. ¡Dejémosla que lo haga!

Cuanto mayor sea la prueba, más cerca estará de nosotras. Cuanto más oscuro sea el camino, más fuertemente nos estrechará la mano. Cuanto más nublado sea el horizonte, más nos guiará e iluminará su corazón.

Ella es “la mujer del Sábado Santo”, la única que mantuvo la fe en la tierra después de la sepultura de Jesús, la única con la lámpara encendida, esperando al resucitado. Ella nos enseña que no hay amargura humana que no se abra a una sonrisa, que no hay pecado que no encuentre redención, que no hay vestido de luto que no se convierta en túnica de luz.

Florencia:

Depositemos en el regazo de la Virgen María cada deseo, cada intención, cada aspiración y cada proyecto, explicándoselos simple y filialmente, como los concebimos en nuestra alma, junto con las resistencias que encontramos. Y pidámosle, de todo corazón y con mucha confianza, que nos acompañe para que podamos lograr el feliz resultado de nuestro ideal: progresar en la perfección, a la que Dios nos llama con especial predilección.

Jaculatoria:

¡Feliz el alma que ha puesto su delicia en ser sólo de Dios! Y ya ha pisoteado el vano obrar del mundo, cuando ha advertido que Cristo la llamaba, y se ha entregado a él junto a ti, ¡oh María!

Santa María:

*Virgen de la providencia, ruega por nosotros.
Virgen de la obediencia, ruega por nosotros.
Humilde sierva del Señor, ruega por nosotros.*



12 ACTUEMOS COMO MARÍA.

12.1. ¿Qué se debe hacer para ser feliz? Es necesario acercarse a Dios y difundir “algo” de Dios en los demás. Este “algo” puede consistir en varios comportamientos. Fingir no ver las deficiencias del prójimo, subrayando en cambio sus virtudes... Dirigir oportunamente una palabra de aliento a una persona, dejando claro que lo está haciendo bien, pero que podría hacerlo aún mejor... Olvidar las faltas de atención, recordando sólo los favores y beneficios... Sonreír amablemente, haciendo ver que le amamos, y que sólo queremos su bien... Sacrificarse sin hacerse notar, sin querer pasar por una persona sacrificada... Vivir con sencillez, dispuesta a sacrificar un gusto personal para darle satisfacción a otra persona...

Cuesta tan poco “darse”: ¡dejar “pedazos de corazón”, dejar algo de lo que Dios ha hecho y nos hace sentir!

¡Cuán alta y cuán grande es María en todas estas cosas! ¡Cómo sabía hacerse toda para todos, para poder ganar a todos para Jesús! ¡Cuán generosamente olvidaba lo que se le debía, recordando sólo lo que ella “debía” a los demás! Como ella, por tanto, sepamos ser buenas, dulces, pacientes, generosas con los que nos rodean, aunque sean poco simpáticos y aunque su carácter y su forma de ser no concuerden con la nuestra.

Siempre debemos buscar ocasiones para hacer el bien a los demás. Así lo hacía María: buscaba y encontraba ocasiones para hacer el bien, ¡y siempre estaba a punto para hacerlo!

12.2. Toda la vida de María se podría resumir, de alguna manera, en las siguientes expresiones: cumplir el deber tal como se presenta; ocuparse siempre en algo útil; hacer felices a los que se encuentran; buscar las ocasiones para hacer el bien.

También nosotras debemos hacer todo esto: por María y con María.

¡El deber! ¡Cuán esclarecedora es esta palabra! Pero, ¿sabemos bien qué es el deber? Todo está encerrado en esto. A veces, el deber se nos presenta en una forma poco atractiva. ¡No importa! Pensemos que

Jesús es quien viene a nosotros con la cruz y nos pide que le ayudemos a llevarla. Esta cruz no es de madera. ¡Esta cruz es nuestro deber! Por tanto, besemos y amemos este santo deber nuestro, como hubiéramos amado la cruz de Jesús ¡El mero hecho de cumplir fielmente y con amor nuestro deber, puede y debe hacernos santos!

12.3. Como María – fiel fiel cada día a la voluntad del Señor – busquemos la perfección en el cumplimiento de nuestro deber. Como ella y con ella, no escatimemos ninguna parte de nuestro deber, por pequeña que sea; esto significaría despreciar el amor de Jesús y el amor de María. Además, si queremos gozar de la paz del espíritu, debemos saber que no hay nada mejor que la tranquilidad que viene de la fidelidad en el cumplimiento del deber diario.

Siempre debemos ocuparnos de algo útil. Esto significa hacer, por amor a Dios y por amor a las personas, todo aquello que pueda ser fuente de alegría y de consuelo. Significa no perder nunca el tiempo, que es tan valioso. Significa hacerlo todo y siempre mirando a Dios, “cara a Dios”.

Esto es lo que hacía la Madre de Jesús. Ella rezaba y trabajaba, siempre. Hablaba con Dios y hablaba de Dios. Y esta continuidad entre la oración y el trabajo – que se sumaban y se mezclaban al mismo tiempo – es la mejor manera para hacer la escalada que conduce a la unión perfecta con Dios. Si la Virgen María llegó a la cima de esta unión, actuemos como ella, sigamos sus ejemplos y nos pondremos en la condición de merecer tan alto y sublime don divino.

Florequilla:

Hagamos el propósito de buscar la mejor manera de imitar a la santísima Virgen, trabajando como ella lo hubiera hecho, mostrando a nuestro alrededor que nos hemos consagrado a ella. Y nos comprometamos a corregir con diligencia lo que en nosotras no concuerda con la predilección con la que Jesús y la Virgen nos señalaron, llamándonos a la Obra.

Jaculatoria:

Quiero amarte e imitarte, oh María, hasta el fin, con la pureza irradiarte a todos los confines del mundo, y ofrecer a Dios y a ti un amor serafín.

Santa María:

*Madre del buen consejo, ruega por nosotros.
Modelo de santidad, ruega por nosotros.
Madre de la alegría, ruega por nosotros.*



13 MIRANDO EL CIELO.

13.1. En este mundo somos como exiliados. “*Exsules filii Evae*, exiliados hijos de Eva”, decimos en la oración de la “*Salve*”.

Miramos al Cielo, pero nuestros ojos no pueden penetrar más allá de la gran “cortina azul” que nos impide contemplar la inmensidad de nuestra patria.

¡Qué gran consuelo encuentra quien funda su esperanza en la Virgen María, suspirando por el Cielo! Nadie que se haya dirigido a María se ha sentido decepcionado. Y, tratándose de alguien que anhela ver el Cielo, ¿cómo no lo va a escuchar la Virgen?

Ella ayuda amorosamente a los que anhelan ser perfectos, a los que arden en el deseo de vivir sólo para Jesús, y disfrutarlo después plenamente en el Cielo.

¡Oh Cielo, patria de nuestra nostalgia! ¿Quién puede romper un poco esa “cortina azul” para decir: “Oh Jesús, míranos, mira lo lejos que estamos del Cielo”? Pero, al mismo tiempo, preguntamos: “¿Qué es el Cielo?”. Si el Cielo es la perfecta “posesión” de Dios, el Bien supremo, si toda la felicidad de los bienaventurados se basa en la “posesión” de Dios, no puede haber temor de perderlo.

Mientras el corazón anhela el Cielo, recordemos que incluso en nuestro corazón podemos encontrar un pedacito de este Cielo. Para que esto sea posible, debemos vivir siempre en la presencia de Dios. Y entonces, si el Cielo es Dios, Dios está en nosotros, Dios habita en nuestra alma. ¿Qué más queremos? Sólo que nuestra vida corresponda a este pensamiento.

13.2. ¿Y cómo? Tenemos a María. Todo lo podemos con la Madre inmaculada. Todo nos será posible si recurrimos a ella con una fecunda vida interior y una íntima unión con ella.

Cuando suenen las horas, no olvidemos un saludo, una prueba de amor, recitando el “*Ave María*” con el corazón más que con los labios, y

agregando también una pequeña jaculatoria, “María, madre mía “, también pronunciada con mucho cariño.

Sólo en el Cielo podremos comprender plenamente el amor de María por sus hijos, y más aún por aquéllos que han seguido la llamada del Señor. ¡Amemos mucho a María! Ella nos cuida con un amor muy especial, porque sabe que lo hemos consagrado todo a su Hijo amado. Miremos a María, sigamos su camino, y por la noche, cuando examinemos nuestras acciones, podremos ofrecer todo nuestro corazón a Jesús y a María: un corazón lleno de amor, un corazón que vive completamente y sólo por Jesús. Todo por Jesús, siempre por Jesús, fieles a Jesús, que nos ha elegido y llamado.

13.3. A menudo pensemos: ¿y si hoy Jesús me llamara con él? ¿Qué quiere Jesús de mí? Entonces, apresurémonos para mejorar nuestra conducta, para ser más exactas en el cumplimiento de nuestro deber, sin huir de ese sacrificio que puede costarnos más. Todo, sea lo que sea, si el Señor nos lo pide. Y él también nos dará su gracia para hacerlo. Debemos tener fe, porque, como dice san Pablo, «todo lo puedo en aquel que me conforta» (Filipenses 4,13).

Miremos al Cielo, queremos llegar allí. Por eso necesitamos luchar, ganar las batallas, vivir con la esperanza de que, cuando llegue la hora, María, nuestra dulce Madre, vendrá a buscarnos para llevarnos con su Hijo amado, ¡y estaremos con él por toda la eternidad!

¡Oh Cielo de las puras y sublimes alegrías, nada comparables a las de la tierra! ¡Para alcanzarte, todo nos parecerá poco! Pidamos a santa Gemma que, desde el Cielo, recoja nuestros deseos y nos cuide.

Florencia:

Con el recuerdo frecuente de nuestra gran predilección, por habernos llamado el Señor a su divino servicio, ofrezcamos a la Virgen el compromiso de trabajar en la Obra con fidelidad. Pues Jesús y María nos esperan en el Cielo, para recompensarnos con “el ciento por uno” por todo lo que hayamos hecho por amor, correspondiendo a la voz de Dios.

Jaculatoria:

Oh dulce Virgen María, queremos seguir el camino del Cielo. Sé tú nuestra luz y nuestra guía. Dígnate recibir nuestras humildes flores.

Santa María:

Asunta a la gloria celestial, ruega por nosotros.

Glorificada en el cuerpo y en el alma, ruega por nosotros.

Exaltada sobre los ángeles y los santos, ruega por nosotros.



14 MARÍA NOS TOMA DE LA MANO EN LA FIESTA DE SANTA GEMMA.

14.1. Hoy, fiesta de nuestra Gemma, alma esencial y profundamente mariana, ¿qué pensamiento más grande y profundo podemos traer a nuestra consideración? Para venerar a la Virgen María, ¿no podemos encontrar nada mejor que recordar la vida de nuestra Gemma! Y pidámosle que nos ayude a imitarla en su amor por María.

La Virgen María nos guía sabiamente a través de mil peligros, nos sostiene, camina junto a nosotras, nos toma de la mano. Y así podemos caminar con seguridad, superando los inevitables obstáculos de la vida.

“María: ¡guíanos! Seremos dóciles, ¡sólo queremos lo que tú quieres! Queremos, como Gemma, caminar asidas de tu mano. Siempre debemos preguntarnos, antes de iniciar cualquier acción, si tú lo harías y si nos dejarías hacerlo”.

14.2. Caminar, cogidas de la mano de María, no sólo es contar con su ayuda y con su dulce dirección, sino también es tener la seguridad de caminar por un camino que sin duda nos llevará a Jesús.

En muchas almas, hay un pensamiento recurrente: “¿Me salvaré?”. O: “¿Estoy en el camino donde Dios me quiere? ¿Hago la voluntad de Dios? Pero, ¿es aquí exactamente donde Dios me quiere?”.

Tranquileémonos porque – si amamos a María y la amamos con sinceridad, si todos los días le pedimos su ayuda, sus consejos y su apoyo maternal para responder fielmente a la vocación divina – no podemos tener miedo. Las dudas que surgen son tentaciones. Estemos tranquilas, pero nunca abandonemos la mano de María. Es decir, nunca dejamos de amarla, de invocarla, de imitarla.

14.3. No debemos ni podemos querer nunca ir a Jesús sin María. Santa Gemma preguntaba: “¿No es triste, ‘Mamá mía’, acercarse a Jesús

sin tu compañía?”. ¡Cuánto amaba a la santísima Virgen, nuestra Gemma! A menudo repetía: “‘Mi Mamá’ es tan hermosa que no se puede describir”.

Los poetas lo intentaron llamándola “Virgen bella, vestida de sol, coronada de estrellas”. “Eres bella, María”, cantamos, dirigiéndonos a ella, que es “la bella Señora”. Acudamos a María en las horas de tristeza, cuando sentimos nuestro corazón abatido por las contrariedades inevitables de la vida. Arrodillémonos ante María inmaculada y digámosle con alegría y serenidad: “Madre mía amada, me estrecho con fuerza en tu mano, ayúdame a pasar este momento. Contigo no temo a nada”.

¡Felices aquellas almas que, como santa Gemma, alcanzan las cumbres más altas, conducidas por la mano de María!

Hoy, fiesta de santa Gemma, honramos a nuestra “hermana mayor” y ofrezcámosle toda nuestra gratitud. Ciertamente que ella ha sido el ángel de nuestra vocación en el Instituto. Pidámosle que, todos los días, sea el ángel de nuestra fidelidad en el Instituto, hasta la muerte.

Florequilla:

Hoy, fiesta de nuestra santa Gemma, hagamos el propósito de imitarla en su amor a María y en la ejemplaridad de su vida cotidiana, cuando durante el día tenía que dedicarse a todas las tareas propias de una familia numerosa, sin llamar para nada la atención, mientras que su corazón ardía en el amor de Dios. Recordemos a nuestra Gemma en cada trabajo que tengamos que hacer.

Jaculatoria:

Oh santa Gemma, hermana querida, que te elevaste a la santidad, fiel a María, viviendo a ella unida, haz que nuestra vida le pertenezca y siempre bajo el sello de la fidelidad.

Santa María:

*Tú que sufriste junto a la cruz, ruega por nosotros.
Amparo de los pobres, ruega por nosotros.
Reina de las vírgenes, ruega por nosotros.*



15.1. Hoy, 15 de mayo, es el día en que el Señor, en 1956, llamó a Magdalena Aulina al premio eterno, “hija de María”, nuestra madre y fundadora.

Y la meditación que hoy se nos propone se titula: “En los brazos de María”. Porque nuestra fundadora realmente murió así: ¡en los brazos de María!

Ella, nuestra madre, enamorada de María, desde pequeña demostró una profunda devoción mariana. Sabemos que en Banyoles construyó una pequeña gruta de Lourdes con conchas. Y que, junto a sus amigas, recogía muchas flores y subía a la colina para lanzarlas hacia el cielo, hacia María. Con motivo del gran amor que tenía a la Virgen, comenzó su Obra en el mes de mayo de 1916. ¡Y su vida terrena terminó en un mes de mayo! ¡De mayo a mayo! ¡En el transcurso de cuarenta años! Siempre en los brazos de María.

15.2. Hoy no podemos dejar de pensar y reflexionar profundamente sobre el amor que nuestra madre siempre tuvo a María, en cada momento de su vida, en cada prueba que el Señor permitió en su largo y difícil camino como fundadora, pero alegre e intenso. “Por María a Jesús”.

La madre quería que el camino espiritual de sus hijas, antes de llegar a la consagración al Señor, se iniciara y pasara por la consagración a María: a partir de la presentación de María niña en el templo, para que la Virgen llevara de la mano a cada una de sus hijas y la condujera, a través del ejercicio de las tres virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, a las místicas bodas con su divino Hijo. “Por María a Jesús”.

Magdalena, nuestra madre, quería que recordáramos a María en cada hora del día, y que al sonar las horas recitáramos el *Ave María*, para pedirle constantemente que nos acompañara, que nos ayudara y que nos sostuviera en nuestro camino de consagración al Señor y al bien de los hermanos.

15.3. Hoy, 15 de mayo, pidamos con convicción y con insistencia a Magdalena Aulina, nuestra madre, que nos dé un poco de su amor a María.

Recordemos sus palabras: «La Virgen, nuestra Madre y Señora, nos enseña cómo debemos responder a la llamada de Dios. En efecto, inflamada por el amor del Señor y con el deseo de servirle y agradarle, subió sola los escalones del templo, con un corazón libre de los afectos terrenales, sin mirar atrás ni una sola vez, ofreciendo al Señor el amor sensible de sus padres, que la habían acompañado y la amaba con gran amor, porque era puro. ¡Con cuánta fidelidad, entrega y abandono se entregó al Señor para servirle!» (21 de noviembre de 1937).

Magdalena Aulina, junto con la santísima Virgen, nos acompañe en nuestra vida, para que se consuma como ofrenda a Jesús y por el bien del prójimo, en su Instituto, hasta el abrazo final con Jesús. «Imitemos tiernamente a María, correspondiendo con fidelidad absoluta a la llamada divina, nunca mirando atrás, haciendo de nuestra vida una escalera que nos lleve directamente a Dios» (*Ibidem*).

Florezilla:

Seamos fieles cada noche al examen de conciencia, para ver qué hay en nuestra alma que, con la característica de hábito, nos bloquea y detiene, no permitiéndonos progresar en la perfección. Y dado que esto generalmente se basa en la poca fidelidad a la gracia, examinemos con qué prontitud respondemos a lo que entendemos que el Señor nos pide a cada una de nosotras.

Jaculatoria:

Oh María, concédeme que mi alma descanse en tu regazo en esta tierra, mientras espero poder gozar eternamente de Dios en el Cielo.

Santa María:

Virgen elegida desde toda la eternidad, ruega por nosotros.

Virgen cubierta por el Espíritu, ruega por nosotros.

Peregrina en el camino de la fe, ruega por nosotros.



16 QUIEN AMA A DIOS EN EL SILENCIO, ENCUENTRA PAZ Y REPOSO.

16.1. El alma de la que nadie habla es realmente feliz y afortunada, ¡Nadie habla de ella ni de las acciones que realiza! Esto puede significar que ama sólo a Dios, y trabaja y sufre en silencio, sin buscar el aplauso y la admiración de nadie. Como santa Gemma, pasa su vida ignorada, escondida. Así lo hicieron todas las almas grandes y santas que quisieron imitar a María. ¡Y ésta es una gran y sublime felicidad!

Nosotros también podemos hacer lo mismo, empezando por ser felices en el lugar donde nos ha traído la providencia, sin preferir un trabajo u ocupación. Porque, si pertenecemos a Dios y trabajamos en su santa casa, todo debe ser mirado y cuidado con mucho cariño. Porque todo pertenece a Jesús.

Siempre es mejor hacer el bien sin buscar halagos. Siempre es beneficioso practicar la virtud por amor a Dios. Es aconsejable estar satisfecho con lo que se nos da, sin aspirar a nada más. Creemos en santidad si amamos “la sombra” que nos protege del peligro de la presunción.

16.2. Un alma que, siguiendo a María, quiere llevar una vida cerca de Dios, no debe confiar sólo en sus habilidades y sus victorias. Todos los talentos le fueron dados por aquél de quien procede todo bien. Para nosotros: el último lugar. Para Dios: la gloria.

Pero, ¡cuidado! Buscar el último lugar y aceptar el sacrificio no significa que uno deba ser mezquino, cerrado, temeroso; o que se deba lamentar continuamente, haciendo sufrir a los que tiene a su alrededor, entre otras cosas haciendo despreciar la virtud del “ocultamiento”. ¡No!

Un alma de Dios, si permanece en el último lugar o se sacrifica, hace todo lo posible para esconderlo y no dejarlo notar. Y llena de alegría a los que la rodean, “contagiándoles” en este amor, en este vivir y en este trabajar sólo para Dios.

Estas almas, amadas por Dios y que “vibran” por él, viven las virtudes en silencio. Siempre son sinceras, francas y transparentes. Tienen

cuidado de que no se desvanezca el aroma de las virtudes, que es como el olor de las flores: se desvanece cuando se dejan en el aire.

16.3. La prueba más “arriesgada” para María debió de ser la de los treinta años escondidos en la casa de Nazaret: realizando los gestos habituales de toda mujer y madre. María pensaba en las palabras del mensajero celestial: «Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lucas 1,32-33). Y veía que Jesús era un chico como todos los otros. Y parecía que nunca haría nada diferente de los demás. Todo quedaba envuelto en el silencio.

La Madre observaba, meditaba, rezaba, guardaba silencio. Esperaba los tiempos de Dios. Sabía que su gracia obra en el silencio.

A ella, que experimentó el silencio de Dios, como Cristo en la cruz, le pedimos ayuda y misericordia en la hora de la prueba, cuando el sol se eclipsa y el Cielo no responde a nuestro clamor. Cuando el miedo al abandono amenaza con hacernos desesperar, que ella quede junto a nosotras.

Debemos vivir ocultas en el “Corazón de Dios”, tratando de imitar las virtudes de la Virgen de Nazaret. Debemos ser almas grandes, llenas de Dios, porque somos pequeñas y humildes. Miremos siempre a María y sepamos vivir el “darse” con ánimo generoso. Prometamos huir de los elogios humanos. En cambio, practiquemos los actos ocultos de la virtud y, mientras los realizamos, repitamos: “Jesús, María, esto sólo lo hago por vosotros”.

Florezilla:

Huyamos de cualquier vano aplauso y ejercitémonos en algún acto de virtud que sepamos que permanecerá oculto. Mientras lo hacemos, repitamos: “Oh Jesús y María, esto lo hago sólo por vosotros, para haceros sonreír”.

Jaculatoria:

Del mundo los aplausos por siempre quiero hollar, y en todos mis trabajos a Dios sólo buscar, imitando tu ejemplo, oh María.

Santa María:

Virgen de Nazaret, ruega por nosotros.

Santa esposa del justo José, ruega por nosotros.

Madre del Verbo encarnado, ruega por nosotros.



17 SIEMPRE ADELANTE, SIEMPRE MÁS ALTO.

17.1. Siempre adelante, siempre en vuelo, el alma fiel debe tender hacia lo alto. El modelo es la santísima Virgen. ¡Su protección la sostendrá en su camino y en todos sus buenos deseos!

Cuántas y qué enseñanzas se encierran en estas sencillas palabras: “¡Siempre adelante, siempre más alto!”. Tenemos que escalar picos que a veces pueden parecer inaccesibles. Tenemos que superar obstáculos y precipicios.

El que es cobarde y se detiene a calcular y a medir – que carece de nobles ideales – se asusta ante las dificultades y exclama: “No puedo, no puedo, soy demasiado pequeño”. Todo le parece muy lejano, todo parece muy difícil. ¡Pobrecito! Le falta entusiasmo, le falta el ideal.

17.2. A veces nuestro trabajo y nuestro compromiso requieren sacrificios pequeños, pero a veces incluso grandes. Se necesita mucho autocontrol.

Entonces tenemos que mirar a María y, mirándola, simplemente tenemos que decir: “¡Adelante, siempre adelante!”. Adelante en el amor. Adelante en el sacrificio. Adelante en la mortificación. Adelante en la generosidad. Adelante en la fidelidad. Adelante, sí, siempre adelante, porque nuestro ideal es grande, y el Cielo está arriba, arriba, en lo alto. Adelante, sin mirar nunca atrás.

Se dice en la Biblia que dos ángeles del Señor cogieron de la mano a Lot – el sobrino de Abram –, a su esposa y a sus dos hijas, «por la misericordia del Señor hacia él, y lo sacaron, poniéndolo fuera de la ciudad». Y uno de ellos le dijo: «No mires atrás y no te detengas dentro del valle: huye a las montañas, para no agobiarte». Pero «la mujer de Lot miró atrás, y se convirtió en estatua de sal» (Génesis 19,16.17.26).

Debemos mirar hacia adelante y seguir adelante, subiendo alto, porque nuestro Dios es exigente. Adelante, para emprender el vuelo.

Tenemos que volar. Y esto requiere un esfuerzo continuo y constante. Tenemos que subir, subir. Siempre subir. ¡Ay de volverse atrás! ¡Ay de pararse!

17.3. El que se contenta con poco, sin aspirar a lo mejor, no avanza. Entonces no puede volar.

En la perfección, nunca hay un final. Siempre es necesario subir. Pero recordemos que en este vuelo no estamos solas. Está María, nuestro modelo, que nos tiende la mano.

La vida de María era pobre, laboriosa, oculta. Como ella, debemos amar estas virtudes. Debemos amar la pobreza, y especialmente la pobreza del espíritu. Debemos ser capaces de prescindir de lo superfluo. Tenemos que ser sencillos. Debemos esperar todo de las manos de Dios, porque todo es don suyo.

Dios nos espera. Entonces, ¡siempre adelante! ¡Siempre más arriba!

María vivió “tocando de pies en tierra”, pero toda su vida se desarrolló “a gran altura”. No quería ni camarín ni pedestales para ella, pero junto con los ángeles cantaba «gloria a Dios en el cielo» (Lucas 2,14), porque el Poderoso por ella «ha echo maravillas» (Lucas 1,49). Y, al Espíritu prometido, María lo esperaba «en la sala superior» (Hechos 1,13). Desde lo alto de ese lugar nos muestra el nivel superior al que debe tender la existencia de un cristiano, inundado por la gracia del Espíritu, para “renovar la faz de la tierra”.

Florezilla:

Con el corazón cada vez más alto, aspiramos al amor más puro e “inflamado” por Jesús y la Virgen. No nos contentemos con lo suficiente. Y, en nuestro deseo de perfección, siempre recurramos a María.

Jaculatoria:

¡Oh María! ¡En mi corazón arden los deseos de amarte! ¿Alguna vez podré consolarte, cómo es mi aspiración?

Santa María:

Elegida de entre los pobres del Señor; ruega por nosotros.

Reina de los patriarcas, ruega por nosotros.

Virgen poderosa, ruega por nosotros.



18 CERCA DEL CORAZÓN DE MARÍA.

18.1. María, que es nuestra Madre, nos ama más de lo que una madre terrena puede amar a su hijo. Todos somos sus hijos, confiados a ella por el mismo Jesús antes de morir en la cruz.

Para corresponder a tanto amor, debe haber un dulce abandono en nuestra vida. Debe haber una intimidad de corazón con la santísima Virgen. Al final de cada día, cuando terminamos nuestras ocupaciones, debemos detenernos unos instantes y decirle a María: “Dulce Madre mía, soy toda tuya, qué alegría siento en amarte y servirte”.

Saludemos y honremos a nuestra Madre con todo nuestro corazón. Unámonos a la devoción que la Iglesia expresa con particular amor a la santa Madre de Dios, indisolublemente ligada a la obra de salvación de su Hijo.

El Inmaculado Corazón de María resplandece ante nuestra mirada como modelo de perfecto amor a Dios y al prójimo. Que nos lleve a una celebración digna, participativa y consciente de la liturgia y de los sacramentos. Que nos estimule a reparar las innumerables ofensas cometidas contra el Señor, la Virgen María y los santos. Que nos impulse a una devoción mariana cada vez más ferviente y fecunda.

Santa Gemma, viéndonos así unidas y amantes de María, llena de alegría nos ayudará en el camino que hemos emprendido. Y Jesús, viendo cuánto amamos a su Madre, nos conservará su luz, aumentará nuestras fuerzas, duplicará nuestra generosidad.

18.2. Para vivir así, cerca de María, nuestra alma debe ser pura. La pureza hace que Dios brille en nuestra alma, como el sol en un día sin nubes. Esto facilita la relación con él, haciendo agradable esta relación y haciéndonos ya anticipar, con la fe, la unión suprema que nos espera en el Cielo.

Para vivir así, cerca de María, hay que ser muy piadoso, cultivando la virtud de la piedad y la devoción. La devoción es a la vez acto de con-

sagración y sus efectos: es dedicarse a Dios, en actitud de ofrenda y de servicio. La piedad y la devoción permiten conversar con Dios sin miedo ni preocupaciones, dejando sentir en el corazón el calor de la confianza en Dios.

La entrega de uno mismo a la Virgen es poder ir más allá: con ella y por ella a Jesús, en el Espíritu al Padre. La devoción mariana es veneración de María, reconociendo en ella la obra maestra de Dios en la historia de la salvación. Es invocación a ella, que presupone la conciencia de la propia pobreza confiándose a su súplica. Es imitación, mediante la adquisición de sus virtudes y el crecimiento en la santidad.

18.3. Para vivir así, cerca de María, hay que estar también muy activas. La ociosidad es la madre de los vicios. Siempre debemos estar ocupadas en algo útil, cumpliendo bien y fielmente con nuestro deber, o realizando un servicio en favor de una de nuestras hermanas, sin distraernos nunca y sin permitir que nuestra imaginación corra de una parte a la otra de nuestra mente (como decía santa Teresa de Ávila, “¡la imaginación es la loca de la casa!”).

Con estas bases realmente podremos tener una vida de intimidad con la santísima Virgen, podremos vivir y trabajar con ella de corazón a corazón; podremos ser inspiradas por su amor, podremos ser guiadas por su mano y descansar en su regazo. Para obtener esta virtud no deben pesarnos el trabajo, el sufrimiento, la fatiga, el cansancio. La vida es corta. El Cielo, por el contrario, se convertirá en eternidad y alegría sin fin.

Cerca de María tendremos mucha alegría, dulzura y profundo cariño, que nos recompensará de todo, y nos sentiremos verdaderamente felices de poder decir en cada instante: “Qué alegría se siente amándote a ti, dulce Madre mía y, contigo, a Jesús”.

Florequilla:

Dejemos que nuestra alma vibre de amor por María, que nos ama tanto. Dirijámosle a menudo jaculatorias amorosas. Cuando recemos el “Ave María”, saludemos a la Virgen con respeto filial, con gran confianza, con un amor cada vez mayor.

Jaculatoria:

¡Oh María, sois mi Madre! ¡Qué feliz el corazón que te ofrece sus primicias y es fiel a la vocación, que es divina elección!

Santa María:

Virgen inmaculada, ruega por nosotros.

Virgen de la esperanza, ruega por nosotros.

Virgen prudentísima, ruega por nosotros.



19 AYUDA Y PROTECCIÓN DE MARÍA EN LA ORACIÓN.

19.1. María es la Virgen en oración, la Virgen orante.

¡Qué fuerza irresistible tiene la Virgen inmaculada hacia Jesús, su Hijo! Se podría decir que su oración es una súplica omnipotente. Por medio de su oración incesante, inspirada por una caridad muy ardiente, María coopera en el aumento de los miembros de la Iglesia, cuerpo místico, en la vida de la gracia. Por eso “nos refugiamos bajo la protección de las misericordias de la Madre de Dios”, y le decimos, “la bendita”, “que no rechace nuestras súplicas en las necesidades”, sino “que nos salve de la perdición”.

Un deseo que salga de los labios de María es suficiente para enternecer el “Corazón” de Dios y empujarlo a derramar sus gracias y bendiciones a manos llenas. Nuestra oración, por tanto, debemos hacerla siempre “con María”, nuestra Madre celestial. Debemos volvernos como niños que no saben nada, que no pueden hacer nada por sí mismos, pero que lo esperan todo de su madre. Debemos ir a María con gran amor filial y con mucha humildad.

En Caná, María no obliga a Jesús a realizar milagros, sino que intercede en favor de los “que no tienen vino”. Es su misión: nos envía a Jesús, su Hijo, y nos dice que hagamos “lo que él nos diga” (cf. Juan 2,3-5).

19.2. A veces nos quejamos de no saber orar o de no ser escuchados. Es porque rezamos solos.

Debemos abandonarnos y descansar en el regazo de María, orando al Señor Dios: “Padre nuestro que estás en los cielos, no soy digna de ser escuchada. Pero aquí conmigo está la Madre de Jesús, escúchala a ella”. Repitamos esta sencilla súplica muy a menudo y siempre acompañada de María. La Virgen purificará y embellecerá nuestras oraciones antes de presentárselas a su divino Hijo Jesús.

Para rezar así, con María y por María, hay que parecerse a los ángeles. Por eso debemos ser puras, transparentes, diáfanas. Como el sol

brilla en un cielo sereno y sin nubes, el amor no puede brillar si no es en un corazón puro. ¡Bendita pureza! ¡Cultivémosla!

Orando todos los días con María, podremos adquirir un hábito para toda nuestra vida, y esto hará que la oración sea más fácil y gustosa.

19.3. ¡Con ella y para ella! Cada una debería decir: “María es mi madre y yo soy su hija, su apóstol, y quiero serlo hasta la muerte. Pero, ¿cuándo podré poner esto en práctica? Desde hoy, oh Madre mía, prometiéndome vivir cada día más en la presencia de tu Hijo Jesús, y rezar siempre junto a ti y por ti”.

Nos enseñaron a dirigirnos a ella con oraciones, prácticas y ejercicios de piedad y veneración. Practiquémoslos. El *Ángelus*, en primer lugar. Con esta oración, que marca el día, contemplamos el misterio de la Encarnación, saludamos a la Virgen, recurrimos a su misericordiosa intercesión. Y luego la corona de la santísima Virgen María, el rosario, llamado por el Papa Pío XII “el compendio de todo el evangelio”, porque del evangelio se extrae la enunciación de los misterios y las fórmulas principales. La oración que une la contemplación con las palabras, «exige un ritmo tranquilo y una lentitud casi pensativa, que favorezcan al orante la meditación de los misterios, vistos en el corazón de la que fue más cercana al Señor, y revelan sus insondables riquezas», como escribió el Papa Pablo VI (*Marialis cultus*, 47).

El alma y sustancia del *Ángelus* y del rosario es la oración del *Ave María*, con la que saludamos a la Virgen “llena de gracia”, invitándola a “alegrarse”, porque el Misterio está a punto de ser revelado y donado.

Y no olvidemos que, por la tarde, al finalizar la oración, la Iglesia nos invita a saludar a la Virgen María con una antífona: *Alma Redemptoris Mater; Ave, Regina coelorum; Sub tuum praesidium confugimus; Salve, Regina; Inviolata; Virgo parens Christi...*

Florequilla:

Tengamos siempre presente en la mente, pero más en nuestro corazón, el dulce nombre de María, e invoquémosla, llamémosla y saludémosla a menudo con “flores perfumadas”, es decir, con jaculatorias espontáneas, dictadas por nuestro amor filial.

Jaculatoria:

¡Oh María, María, qué consuelo es en tu regazo reposar! Mi alma, suspirando por el Cielo, está segura de que contigo lo ha de alcanzar.

Santa María:

*Madre castísima, ruega por nosotros.
Madre inmaculada, ruega por nosotros.
Abogada nuestra, ruega por nosotros.*



20 LA FIDELIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS.

20.1. El secreto de la virtud, de la grandeza del espíritu y del camino en la perfección está en la fidelidad en las pequeñas cosas. ¡Cuánto le agrada al Señor esta fidelidad!

La eminente santidad de María no fue sólo un don de Dios, sino también el fruto de la correspondencia de su voluntad a las mociones del Espíritu Santo. La Virgen María «brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos» (*Lumen gentium*, 65): firme en la fe, pronta a la obediencia, sencilla en la humildad, ardiente en la caridad, fuerte y constante en el cumplimiento de su misión, hasta el holocausto de ella misma...

Debemos estar convencidas que trabajar cada día con fidelidad y constancia, cumpliendo el propio deber sólo por Dios, teniendo siempre presente la divina llamada, es una conducta verdaderamente sublime y atrae más las gracias divinas. El alma enamorada de Dios sólo quiere serle fiel y corresponder a su predilección; por eso trabaja por una correspondencia amorosa a la gracia, buscando siempre y sólo a Dios, y cumpliendo su voluntad divina incluso en el lugar más oculto y desconocido. Y no deja pasar ni un instante de su vida que no sea para la mayor gloria de Dios.

20.2. La perfección se logra con gran constancia, día a día, en la abnegación, en el cumplimiento del propio deber sin ser visto ni gratificado. En nuestro rostro debemos llevar el sello invisible de una vida toda por Dios. Es un sello de pureza y de amor a Dios, de humildad, de alegría.

Lo que nos distingue, como llamadas por él y consagradas a él, es el de ser víctimas por su amor. No perdamos una ocasión propicia para sacrificarnos. Busquemos la abnegación, amándola como preferida. Sin buscar una compensación humana, porque, en este caso, podría evaporarse todo el valor de nuestra acción, cuyo perfume sólo debe recoger el Señor, que lo escribirá en el libro de la vida. Es un perfume que podremos recoger eternamente, si tenemos cuidado de no dejarnos llevar por la vanidad, el amor propio y nuestro orgullo.

20.3. Consideremos con qué fidelidad y sencillez la familia de Nazaret vivió su vida. Entre sus compaisanos, ¿quién podría haber imaginado que en esa familia estaba el amanecer de la redención?

Para nosotros, que vivimos en el mundo, la familia de Nazaret nos debe servir de gran estímulo. Nosotros también debemos reflejar a Dios, sin necesidad de hablar de él. Debemos demostrar nuestro amor a Dios cumpliendo fielmente con nuestro deber. Y, mezclando sabiamente en todas nuestras acciones un gran abandono y una gran fidelidad, debemos hacer de nuestra vida un himno ininterrumpido de amor, que sólo Dios puede saciar.

Hay tantas virtudes para aprender y practicar. Muchas están escondidas, no son llamativas, pero son bellísimas, como ciertas flores que nacen y crecen sin que nadie las haya sembrado o plantado, pero son espléndidas, aunque estén escondidas en la hierba del bosque.

Pidamos la ayuda de santa Gemma, y no olvidemos nunca, en cada una de nuestras acciones, practicar con la mayor fidelidad las enseñanzas recibidas y dar una respuesta fidelísima a la llamada divina. Es una forma de darle gracias al Altísimo por haber hecho “maravillas” en María, en beneficio de toda la humanidad.

Florequilla:

Cuanto más cuesta cumplir con el deber cotidiano, más debe bastar el pensamiento de que Dios nos mira y espera que correspondamos a la gracia. Mientras tanto, aunque alguna cosa nos sea más difícil, lancémonos, apresurémonos a realizarla para la gloria de Jesús y de María, y para dar un buen ejemplo de fidelidad.

Jaculatoria:

Oh María, la bandera de la fidelidad, que ondea en mi horizonte, me lleve a ser cada día más de Dios, para gozar de él en la eternidad.

Santa María:

Causa de nuestra alegría, ruega por nosotros.

Morada enteramente consagrada a Dios, ruega por nosotros.

Madre de los fieles, ruega por nosotros.



21 AMOR DE PREDILECCION POR MARÍA.

21.1. No es suficiente con conocer nuestro ideal, sino que ¡debemos hacer todo lo necesario para lograrlo!

Para nosotras, la santísima Virgen María debe ser el ideal. Todos nuestros recursos y todos los actos que el amor nos sugiere deben converger hacia ella. Sólo así podremos demostrar verdaderamente nuestra predilección por María. Y Dios lo quiere: ¡Jesús nos la dio como Madre!

Ante todo, para ser agradecidas a la Virgen tenemos que buscar la perfección y el amor al bien. Debemos imitar a María santísima siendo siempre fieles a nuestra vocación, que es la idea luminosa y viva del fin al que queremos aspirar.

Nuestro ideal, nuestro objetivo, debe ser sólo uno: la santidad. Dios nos llama a esto. Esto lo debemos lograr.

21.2. Nuestro amor de predilección debe ser la Virgen inmaculada. Debemos parecernos a María imitando sus virtudes.

Nunca debemos detenernos. Debemos avanzar continuamente para alcanzar este bellissimo ideal, para ser de Dios, para serlo con María.

Para recordar este ideal nuestro, tenemos que hacer un poco como hace el pintor cuando tiene que reproducir una imagen que le es particularmente estimada: la mira, la vuelve a mirar, la admira, la contempla; lanza un boceto, lo corrige y vuelve a contemplar su imagen.

Así, también nosotras debemos contemplar a María, su grandeza, su sublimidad. Tenemos que entusiasmarnos y apasionarnos. Siempre debemos pretender lo mejor de nosotras mismas y nunca permanecer en la mediocridad. Alguien, en el pasado, llamó “aurea” a la mediocridad. No es verdad, la mediocridad no es “dorada”, no es preciosa. Es dañina. Quizás se ha confundido con “el justo medio”, que en cambio se debe perseguir en la práctica de las virtudes, evitando tanto los excesos como los defectos. Porque, precisamente, “*in medio stat virtus*, la virtud está en el medio”.

21.3. Pocas cosas deben estar en la alforja del peregrino, pobre delante de Dios, que camina hacia la meta final, acompañado de la mano de la Virgen María. Debe estar “amasado” de prudencia y justicia, templanza y fortaleza. Sus huesos y su linfa son fe y esperanza. Está lleno de amor. Vive en la oración, en el ayuno, en la limosna. Eligió hacerse prójimo de cada uno, para poder encontrarse con Dios ya aquí. Y Dios lo encontró. Es virtuoso. Es decir, ha adquirido la capacidad de orientarse de manera estable hacia un determinado bien y ejerce la libertad en las opciones concretas de la vida.

Éstas son las estrategias del amor, que se abren a una dinámica de comunión, orientada al don de uno mismo en la caridad. Sí, porque así como amamos a Dios y al prójimo con todo nuestro ser, también debemos amar a María con todas nuestras fuerzas. Como la amaba santa Gemma, que quería parecerse cada vez más a su “Mamá” celestial, y por eso no se cansaba nunca de “limar” su propio carácter.

Así también nosotras, impongámonos alguna mortificación. Para mantener en el justo equilibrio nuestro carácter. Para fortalecer nuestra voluntad. Para ser cada vez más atentas, puntuales y exactas en la realización de nuestro trabajo, sin mostrar jamás el menor cansancio o fatiga, y siempre ofreciéndolo a la santísima Virgen, como lo hizo nuestra Gemma.

Y la Virgen recibirá todos nuestros actos – incluso nuestro cansancio y nuestra fatiga – y se los presentará a Jesús.

Florequilla:

A imitación de nuestra santa Gemma, ofrezcamos a la Virgen, como homenaje, alguna florecilla de pequeñas victorias, fruto de sacrificios hechos en silencio y por amor, y en el fiel cumplimiento del deber por Dios. Y, como hizo nuestra Gemma, también nosotras pidamos a la santísima Virgen su amorosa bendición todos los días.

Jaculatoria:

Preciosas flores a tu altar quiero llevar viniéndome por tu amor, Virgen María. Dígnate bendecirme cada día, que, como Gemma, al Señor quiero agradar.

Santa María:

*Virgen clemente, ruega por nosotros.
Virgen digna de honor, ruega por nosotros.
Virgen digna de alabanza, ruega por nosotros.*



22 ACTUEMOS SIEMPRE COMO ACTUARÍA LA SANTÍSIMA VIRGEN.

22.1. “¿Cómo habrías actuado, oh Madre mía, oh Virgen María?”. Ésta era la pregunta de los santos. Y, como ellos, también nosotras debemos preguntarle a María en cada ocasión importante: “¿Cómo actuarías, oh Madre mía, María?”.

Debemos decir con todo nuestro corazón: “Madre mía, quiero ser de Jesús, quiero ser siempre agradable a Jesús. ¿Cómo debo actuar, cómo actuarías tú en esta ocasión?”.

Seguramente la Virgen nos respondería, o nos haría entender... “Yo siempre elevaría mi corazón a Dios... hubiera aceptado esta pena, este dolor, esta incompreensión, como una prueba permitida por él. Y, con dulzura y resignación, hubiera dicho: ¡Gracias, Dios mío! Hubiera ofrecido a Dios tal o cual calumnia, tal o cual molestia, tal o cual incompreensión... Hubiera fingido no notar una falta de atención hacia mí, y lo habría atribuido a un descuido... Y habría rezado por esa persona, poco atenta, que me humilló. De hecho, más aún, habría buscado la oportunidad de hacerle un pequeño servicio a esa persona. O, simplemente, le habría pedido cualquier favor siempre a esa persona. Y ... ¡me hubiera olvidado de todo!”.

Y dirigiéndose a cada una de nosotras, la Virgen María nos diría: “Así, hija mía, debes actuar, si quieres complacerme. En algunas ocasiones te será difícil, ciertamente. Pero confía, no te faltará mi ayuda y mi asistencia”.

22.2. Ciertamente que la de María ha sido una llamada y una misión única. Virgen y madre del Redentor, ha cooperado en la obra del Salvador de una manera muy especial. Esto no impide que tengamos que sentirla como “una de nosotras”.

Ella es modelo, y estamos llamadas a imitarla como fiel esclava del Señor y perfecta discípula de Cristo. Confiemos en María. Dirijámonos a ella con sinceridad y humildad, y siempre escucharemos su respuesta, que nos ayuda y que nos motiva. Imitémosla en todo.

Miremos a María, día y noche. Oremos como ella oró. Suframos como ella sufrió. Luchemos como ella luchó. Practiquemos la virtud como ella la practicó.

Sólo entonces seremos de María y podremos decir, como el apóstol Pablo: «¡Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí!» (Gálatas 2,20). “¡Ya no soy yo quien vive, sino María vive en mí!”.

22.3. Celebremos los misterios de Cristo con los mismos sentimientos y actitudes con los que la Virgen estaba junto al Hijo.

Guardemos la Palabra con solicitud y meditémosla con diligencia. Alabemos a Dios con júbilo y démosle gracias con alegría. Sirvamos fielmente a Dios, a nuestras hermanas y hermanos, y ofrezcamos generosamente por ellos incluso nuestra vida. Oremos al Señor con perseverancia e implorémosle con confianza. Seamos misericordiosas y humildes. Guardemos la ley del Señor y hagamos su voluntad. Amemos a Dios en todo y sobre todo. Velemos en la espera del Señor que viene.

A través de los mandamientos, el Señor Dios nos indica cómo amar. Y, con el don del Espíritu, nos da la fuerza y la posibilidad de cumplir lo que nos parece imposible: amar como el mismo Jesús nos amó. La nueva medida del amor nos viene de Jesús y del don que pide al Padre: el Espíritu. Nos dice «como yo os he amado» (Juan 13,34) en el mismo momento en que, por amor, lo da todo: «... los amó hasta el extremo» (Juan 13,1).

Florezilla:

Adivinemos cuáles son las “industrias” del Amor divino porque, habiendo entendido el amor de nuestra Madre, la santísima Virgen, no dejemos pasar ninguna circunstancia de nuestra vida sin preguntarnos: “¿Cómo habría actuado la Virgen María en esta ocasión?”. Y, llenas de fervor, lo hagamos todo lo mejor que sepamos, para agradar al Señor.

Jaculatoria:

Oh dulce Madre mía, sólo deseo ofrecerte mi alma y mi vida todos los días, hasta la muerte.

Santa María:

Templo del Espíritu, ruega por nosotros.

Tú que diste al mundo la vida, ruega por nosotros.

Madre de los vivientes, ruega por nosotros.



23 ALMA DEVOTA: ¡RECURRE A MARÍA!

23.1. Con frecuencia repetimos oraciones, jaculatorias, estrofas conocidas, como las de nuestros cantos, que nos ayudan a mantener el corazón siempre en alto. Nos ayudan a recordar la presencia de Jesús y de María en cada momento. Ciertamente que son útiles para mantenernos vibrantes en nuestro espíritu.

Por tanto, podemos y debemos repetir a menudo frases sencillas, pero llenas de amor filial por María. Podemos y debemos hacerlo cuando nos sentimos deprimidas o desanimadas... Cuando la cantidad de sufrimiento físico o moral parece abrumarnos... Cuando sentimos que nuestras fuerzas nos fallan... Cuando nuestra voluntad es débil...

Acudamos a María, nuestra madre, diciéndole: “No puedo hacer nada sin ti...”. ¡Porque no podemos hacer nada sin la gracia de Cristo! Debemos recurrir a María y decir sin cesar a la Madre de Dios: “¡No puedo hacer nada sin ti!”. Porque no podemos hacer nada sin Jesús.

Sólo Dios salva. Pero la salvación también pasa concretamente por las manos de María.

23.2. En esta vida tenemos que luchar, luchar siempre y en todas partes. En efecto, debemos pedirle a Dios la fuerza para hacernos luchar siempre contra el mal, porque un alma que no lucha significa que ya está muerta.

Por desgracia, a menudo luchamos con negligencia. A menudo tenemos miedo de luchar.

No debemos desanimarnos, pero debemos mirar a María, que nos tiende sus brazos. Tenemos que lanzarnos en el regazo de María y pedirle su ayuda. Y debemos abandonarnos a Jesús sin ninguna reserva.

¡Siempre debemos ser suyas! ¡Debemos volar, volar desde hoy, por el camino de la perfección, donde Jesús nos llama desde hace mucho tiempo!

Solo el Amor puede mandar al amor. El Amor manda al amor en el hoy privilegiado de su amor. Es el amor “supremo”, dirigido a ese Dios que nos ha amado primero, volviéndose hacia nosotros.

El amor de Dios por nosotros le permitió mostrarse al hombre en el Hijo Encarnado. Por eso es natural que respondamos al amor: porque lo hemos recibido; ¡hemos visto, oído, tocado la Palabra de vida (cf. 1 Juan 1,1)! Y nos ha llamado a seguirlo, en el camino de la santidad.

23.3. Entonces, estemos seguras de que María no nos dejará, no nos abandonará, si ve la gran confianza que tenemos en su Hijo y en ella. A partir de este momento, por tanto, prometamos tener más confianza. Renovemos nuestra consagración. Tratemos de ser coherentes con la voluntad de Dios, con el plan de Dios sobre nosotras.

La obediencia no es un silencio resignado ante mandatos incomprensibles, sino la alegre acogida de un proyecto mayor. Es una respuesta de amor. Es experimentar la libertad. El que obedece no deja de querer, sino que trata de identificarse hasta tal punto con la persona que ama, que hace que su voluntad coincida con la suya.

Sólo en la voluntad de Dios podemos encontrar la paz. Quien obedece al Señor no se estrella contra el suelo – como le puede pasar a quien se cae, porque se ha atrevido a caminar sobre una cuerda tendida a gran altura, sin tener una red de seguridad – sino que de buena gana se arroja en sus brazos.

Que María nos ayude a discernir la verdadera obediencia, y a no confundir con virtud lo que es sólo una ventaja egoísta. Que nos ayude a entender que «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5,29).

Ella «recibió al Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo» (*Lumen gentium*, 53). Que nos ayude a acoger la Palabra en lo más profundo de nuestro corazón.

Que ella, ostensorio del cuerpo de Jesús bajado de la cruz, nos acoja sobre sus rodillas cuando también nosotros hayamos entregado el espíritu. Y nos lleve ante el Eterno Dios: presentados por ella, que es sacramento de ternura y piedad, podremos encontrar el perdón y la misericordia.

Florequilla:

Revivamos en el corazón las glorias, los encantos, las dulzuras de María. Al recordarlos, hagamos de cada una de nuestras acciones un canto de amor y de alabanza a María. No hagamos nada que no sea por Jesús y María.

Jaculatoria:

A ti, Virgen María, acudo suspirando, suplicando tu ayuda para ser fiel a Dios, que en ti confía quien te ama con fervor, y con fe ciega te exclama: “¡No puedo hacer nada sin ti!”.

Santa María:

*Madre de la confianza, ruega por nosotros.
Sierva de la redención, ruega por nosotros.
Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.*



24 EN EL REGAZO DE MARÍA.

24.1. ¡Qué dulce paz experimenta quien ha aprendido a vivir su vida siempre cerca de María!

Corramos hacia ella, pidámosle que podamos estar en su bendito regazo de Madre inmaculada, y descansemos dulcemente en su corazón. Cultivemos la certeza de que María es nuestra vida, nuestra fuerza, nuestra perseverancia. Ella nos protege de todo mal.

Allí, con ella, encontraremos todo lo que podamos desear. Preludio del Paraíso es la vida de quien ha aprendido a vivir cerca del corazón de María, nuestra Madre, porque en el corazón de María late el mismo corazón de Jesús.

Vayamos, pues, con amor, vayamos todas hacia la santísima Virgen. Llenémosla de flores espirituales, que debemos cultivar todos los días: son nuestros propósitos, y nuestros actos de amor, nuestro compromiso de ser mejores. Y digámosle: “Madre mía, aquí estoy, no me abandones”.

24.2. Como hijas devotas de María, correspondemos al amor de esta Madre, actuando con obediencia, sin agitación, sin inquietarnos, sólo con la máxima confianza en ella.

Hay acontecimientos, contratiempos u otros, contra los que no podemos hacer nada. Sólo tenemos que acogerlos, pero bienaventurado el que ve en todo, incluso en los contratiempos, la mano de Dios, que dirige la vida de cada uno de nosotros con suprema sabiduría. Y cuanto más fuerte es la prueba, si el Señor lo permite, tanto más la Virgen María, madre amorosa, está a nuestro lado. Basta una mirada y de inmediato, después de la prueba, encontraremos la calma y la paz.

Hay también otros sufrimientos: amarguras, peligros, quizás enfermedades, quizás la pérdida de un ser querido, una incompreensión externa, una pena interior... Debemos permanecer siempre y en todo momento tranquilas, seguras en el regazo de nuestra santísima Madre. No olvide-

mos las palabras de Jesús: «Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia... Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa...» (Mateo 5,5.10-11).

Es proclamado bienaventurado el que es fiel al ideal de vida que enseña el evangelio, es decir, el que vive “por la justicia”. Por eso es perseguido y sufre: porque su conducta se ajusta a la voluntad de Dios y a las exigencias del evangelio. Además, si los que esperan y acogen el señorío de Dios, su consuelo y su justicia, son los humildes, esto comporta que también sean perseguidos constantemente, y precisamente porque son justos.

24.3. Y finalmente, si sentimos que nuestra vocación flaquea, si sentimos que nuestra fidelidad se enfría, ¡alerta, tengamos cuidado! ¿No es Dios quien nos ha llamado? ¿No somos tuyas? Jesús – que dijo: «Quien se avergüence de mí y de mis palabras [...] el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre» (Marcos 8,38) – podría decirnos: “¡Pobre y mezquino el que se avergüence de mí!”.

En nuestro examen de conciencia de cada noche, que nuestro beso al Crucificado sea un beso de amor y fidelidad. ¡Qué paz, qué alegría interior, qué quietud, qué tranquilidad siente quien puede decir: “Señor, a todo, a todo te digo ‘sí’”!

Así como la vida de Jesús está enteramente bajo el signo de la obediencia, en el cumplimiento de la voluntad del Padre, así el discípulo de Jesús – llamado a amar al Padre con todas sus fuerzas, lleno de amor por nosotros – en la obediencia da prueba de perfecta caridad. Para progresar en el amor de Dios, no hay otro libro más sublime que Jesucristo crucificado. Por tanto, el compromiso del cristiano consiste en descubrir la verdad de Cristo en su propia vida y vivirla en consecuencia.

¿Cómo hacerlo? Con fortaleza, con constancia y con una confianza ilimitada en María. Y siempre recordemos que tenemos un “arma” muy poderosa: la oración ferviente, que todo lo puede. Recurramos a María, refugiémonos en su regazo y pidamos su ayuda.

Florequilla:

Pensemos en la gran felicidad del alma que puede decir: “¡Vivo en el regazo de María!”. La respuesta a este don del Señor debe ser: ¡más fidelidad, más amor, más donación! Desde hoy, la fidelidad a la gracia sea el resumen de toda nuestra vida. Por medio de ella se logra la perfección.

Jaculatoria:

El himno de la fidelidad, oh María, cantaremos en la Obra mirando al Cielo, donde lo terminaremos siguiendo a Cristo por toda la eternidad.

Santa María:

Madre de Jesús, ruega por nosotros.

Madre de la Iglesia, ruega por nosotros.

Madre de la esperanza, ruega por nosotros.



25 COMO FLORES EN EL JARDÍN DEL SEÑOR.

25.1. Este mes bendito es el tiempo en el que nuestro “jardín” ha comenzado a florecer, por lo que es la cuna de nuestra vocación y es fuente de gratos recuerdos, de las gracias recibidas de la Virgen María, de nuestros propósitos y de nuestras determinaciones. Sobre todo, es el recuerdo de aquel día en el que escuchamos la voz divina que nos llamaba a una mayor perfección y al apostolado. ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, María!

En el jardín de la Obra estamos llamadas a florecer, según nuestra vocación específica, para dar gloria al Señor. Nuestra fidelidad puede ser representada por la hiedra: una vez que se adhiere a un árbol o a una pared, nada podrá romperla. Los lirios indican pureza, nobleza, firmeza de ánimo. Y las margaritas dicen sencillez, inocencia, espontaneidad, bondad, frescura. En el jardín no puede faltar un bello parterre de rosas: porque la rosa es el símbolo del secreto, de lo que hay que revelar con delicadeza; el capullo de rosa, bien escondido por los pétalos, encarna la castidad; y con la rosa se pueden expresar los sentimientos más tiernos o apasionados... Un poco escondidas, también están las violetas: indican humildad y modestia. Las gencianas también deberían florecer en el jardín de la Obra: crecen entre las piedras de la montaña, donde la vida es una lucha constante, pero la florecilla permanece erecta y rígida, y desafía la adversidad. En un rincón del jardín también está la retama: flor que habla de fuerza, de modestia, humildad.

¡Todas estas virtudes deberían distinguirnos!

25.2. ¡Cuántos días de este bendito mes han pasado ya! ¿Qué hemos hecho? Apresurémonos para hacer lo que nos gustaría haber hecho en el momento de nuestra muerte. Meditemos que hoy mismo, o muy pronto, el Señor nos puede llamar. El recuerdo de la muerte de los seres queridos nos habla con elocuencia: nuestra vida está en manos de Dios, que nos llamará cuando llegue nuestra hora. Hora incierta y desconocida, pero feliz hora si hacemos que todos los instantes de nuestra vida

se caractericen por la fidelidad a la gracia, como personas consagradas al servicio de Dios. Y, para serlo, debemos hacerlo todo por Dios, con un corazón grande y generoso, sin contar los sacrificios, sino buscando sólo hacer el bien. Practicando siempre el amor, llegaremos a la perfección.

“¿Qué más debo hacer para ser mejor?”, nos preguntamos a veces. La respuesta no puede ser otra que: amar a Dios por María. Porque el amor nos enseñará todo lo que debemos hacer, todo lo que debemos omitir. El amor nos mantendrá siempre en la presencia de Dios, y el recuerdo de la santísima Virgen aumentará nuestro amor. Entonces todo será fácil, dulce, amable...

25.3. Hay personas que viven la voluntad de Dios con tal intensidad que reflejan absolutamente el ejemplo de María. No tienen otros intereses que los del Amado. Y entonces aceptan el dolor o la alegría, la enfermedad o la salud de la misma manera. Y cuanto más Dios los prueba, más felices se sienten. ¡Oh, si pudiéramos vivir así! ¡Cuánta gloria daríamos a Dios y cuánto ejemplo al prójimo! Así fueron los santos, así son los santos, porque se abandonaron sin reservas, se dejaron invadir por la luz divina. Entonces, también nosotras seamos más generosas con el Señor, y sabremos, por experiencia personal, lo dulce que es la vida interior y cómo el amor de Dios alegra a quienes le son fieles.

Procuremos que no pase ni un día más de nuestra vida sin responder fielmente a la llamada divina, pidiendo a la Virgen María, nuestra amorosa Madre, su ayuda maternal; sólo así nuestra vida será el reflejo de un alma llena de Dios.

Pidámosle a María: “Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. María es experta de esa hora, porque estuvo presente en la “hora” del Hijo, que le confió a Juan, y a todos nosotros en él. Así se convirtió en la “guardiana” de nuestra última hora: con su mano, la muerte no nos asustará.

Florequilla:

Siempre tengamos presente esta pregunta: “A la hora de la muerte, ¿qué bien hubiera querido hacer?”. Así que decidamos hacerlo desde ahora mismo, implorando la dulce protección de la Virgen María.

Jaculatoria:

Protégeme y guíame, oh Madre mía del Cielo, y ábreme la puerta del Paraíso cuando llegue mi última hora.

Santa María:

Tú que llevaste en tu regazo al que guía a los errantes, ruega por nosotros.

Deseo de la patria celestial, ruega por nosotros.

Signo de la reconciliación del Padre, ruega por nosotros.



26 MI VIDA, MI ALMA, MI CORAZÓN, TODO DE MARÍA.

26.1. Mi vida, mi alma, mi corazón, mis pensamientos, en fin, todo mi ser pertenece a María.

Nuestro corazón anhela amar y ser amado. Nuestra alma es entusiasta y ardiente, ansiosa para subir más y más alto. En cambio, nuestro cuerpo es frágil y débil y, a veces, incluso esclavo de lo que le rodea.

Necesitamos la ayuda de María para poder ser, a través de ella, todas y siempre, enteramente de Jesús y para Jesús. Por eso es justo e indispensable que nuestro corazón se enamore de María, ame a María y se una del todo a ella. Es justo y necesario que nuestra alma viva unida a María.

«¡Qué bella eres, amada mía, qué bella eres!» (Cantar 1,15), dice el esposo a su esposa. La única bella, encantadora es ella: «Pero única es mi paloma hermosísima, única es para su madre, predilecta de aquella que la engendró» (Cantar 6,9). El amor del amado por su esposa hace que el amor que espera como respuesta sea superlativo. Es el amor de Dios que quiere encontrar la propia plenitud infinita en la de la criatura amada. Ésta es única: esto vale para cada persona, porque conlleva un don que es único e insustituible. ¡Cada criatura humana es amada de una manera única, eterna e irrevocable! Esa paloma es única, ya que está capacitada para corresponder al amor privilegiado del amado con el don de sí misma: no tiene nada más que ofrecer que a sí misma.

Con razón, en la novia del cántico, la tradición ha visto prefigurada a María de manera especial.

26.2. El ser humano necesita ideales – ideales elevados y nobles – capaces de hacerle “elevarse” y “enaltecerse” por encima de la miseria y de las pequeñeces. Dios es nuestro ideal absoluto. Dios es el ideal que refleja, y en el cual se refleja, María, porque el Señor se ha hecho accesible a nosotros precisamente a través de María.

Cada una de nosotras debe ser enteramente de María. Cualquier ocasión nos debe ser propicia para que llegue al corazón de nuestros her-

manos y hermanas una chispa de la llama divina, que se convierta en fuego de amor y fidelidad. No olvidemos nunca lo que dijo Jesús: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!» (Lucas 12,49).

Debemos arder de amor por Jesús y María.

Debemos repetir a menudo: nuestra vida, nuestra alma, nuestro corazón, nuestros pensamientos, todo, todo es de María, porque es de Jesús.

Según el plan primitivo de Dios, el amor lleva en sí una fuerza que vence a la muerte. Es el sacramento de la vida. El amor abre el camino en el corazón de la muerte. Y es un camino que ahora todos pueden recorrer, porque ha sido reabierto por el mismo Señor. Así que, al experimentar el amor, también se experimenta a Dios, como lo hizo María, nuestro modelo.

26.3. Debemos ponernos al servicio de Jesús y al servicio de María: lo que significa, ante todo, disponer de nuestras fuerzas, de nuestro tiempo y de nuestras actitudes, para ser agradecidas a los que nos rodeen, dándoles testimonio de esperanza y de fe. Éste es un medio muy eficaz de acercarse a Dios.

Debemos disponer nuestras fuerzas para trabajar, mortificarnos y sacrificarnos. No olvidemos que el amor es sacrificio y que, sin mortificación, no puede existir amor verdadero y duradero. Por tanto, sepamos estar a punto para el sacrificio, pero siempre con esa sonrisa que distingue a los apóstoles, que permanecen fieles a la llamada divina, sabiendo sacrificarlo todo, en silencio, por el amor verdadero, por Dios.

Recordemos el amor de nuestra santa Gemma por la Virgen María, por su querida “Mamá”. Y, como Gemma, pongamos a los pies de la Virgen nuestra Madre, que tanto nos ama, todo lo que tenemos en el corazón. Y pidámosle que seamos siempre fieles a las gracias de predilección que Jesús tiene por nosotros.

Florequilla:

Que sea nuestra gloria pertenecer totalmente a la santísima Virgen María, nuestra Madre. Trabajemos siempre para atraer su dulce mirada virginal hacia nosotras.

Jaculatoria:

En este mes de mayo, oh Virgen Madre mía, quisiera presentarte mi amor filial; en tu homenaje quisiera, y más desde hoy, demostrarte fielmente cuál es mi gran amor: “ser de Dios y ser tuya, oh María, siempre”.

Santa María:

*Llena de la gracia de Dios, ruega por nosotros.
Madre y Señora nuestra, ruega por nosotros.
Fuente de la dulzura, ruega por nosotros.*



27 QUE NUESTRA VIDA TRANSCURRA SIEMPRE CERCA DE MARÍA.

27.1. Vivir en grupo es el deseo de muchos, pero sobre todo es el deseo de toda persona que – no encerrada en sí misma por el egoísmo – experimenta la generosa necesidad de compartir lo que posee, sufre cuando no puede dar nada, y sufre aún más cuando no puede “darse”.

No hemos sido creados para una vida solitaria. Necesitamos “darnos”, donarnos, compartir con los otros los gozos y los dolores, las alegrías y las tristezas, como lo hace una madre que se dona constante e incesantemente, porque lo comparte todo.

Jesús nos ha enseñado – nos ha revelado – que Dios es “nuestro Padre”, no “mi Padre”. Por lo que no puede ser acaparado, secuestrado, requerido por alguien. Es nuestro. Es mío sólo porque es tuyo también, es tuyo sólo porque es mío también. «Por último, si recitamos en verdad el “Padre nuestro”, salimos del individualismo, porque el amor que recibimos nos libera de él. El adjetivo “nuestro” al comienzo de la Oración del Señor, así como el “nosotros” de las cuatro últimas peticiones no es exclusivo de nadie. Para que se diga en verdad, debemos superar nuestras divisiones y los conflictos entre nosotros» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2792).

El adjetivo “nuestro” indica que ésta es la oración de la comunidad. Incluso cuando el fiel reza solo, en silencio, asocia a sus hermanos y hermanas consigo mismo en la oración. Es imposible rezar el “Padre Nuestro” fuera de la fraternidad y de la solidaridad.

Jesús, al enseñar la oración a sus discípulos, recuerda que nadie que ora está nunca solo: todos juntos, los discípulos de Jesús invocan a su Padre celestial y testimonian que han sido hechos hermanos y hermanas por la llamada de Jesús, que los une. Y podemos imaginar que esta oración fue recitada por María en la “sala superior” durante Pentecostés, quien oraba junto a las mujeres y los discípulos.

27.2. Si ser partícipe de los privilegios de hijo de Dios significa también participar de su vida, el cristiano no puede estar en comunión con Dios Padre por el Espíritu si no está disponible para sufrir, perdonar, amar, anunciar... y si no está en comunión de amor con cada hermano y hermana. Todos nos pertenecemos el uno al otro.

De esta gran familia, María es la madre celestial: ella ha realizado la donación en toda su plenitud y profundidad. Acerquémonos a ella y quedémonos con ella. Dado que la vida de la Virgen es un himno incesante de amor a Dios Padre, en virtud de la unión este himno vibrará también en nuestros labios, resonará en nuestro corazón.

No nos separemos nunca de María, la madre por excelencia. Ella es la “esclava del Señor”, que dijo: «Hágase en mí según tu palabra» (Lucas 1,38). Ella es la obediencia encarnada, que ha aceptado con alegría, siempre y completamente, la voluntad del Padre.

Vivamos siempre cerca de María. Ella nos sostendrá en nuestro cansancio. Ella nos aliviará en nuestras vacilaciones, cuando nos parezca que estamos agobiadas por nuestro deber y nuestro trabajo. Ella nos confortará y animará cuando la obediencia nos parezca imposible. Ella nos aliviará en nuestro sufrimiento, ofrecido sin quejarse y sin murmurar, por amor a Jesús.

Acerquémonos siempre a María, nuestro modelo y nuestra madre.

27.3. Pidámosle que nos enseñe a amar a Jesús cada vez más.

Pidámosle que esté siempre a nuestro lado en todos los momentos de nuestra vida, para llegar fielmente a nuestra última hora. ¡Y que sea ella quien cierre nuestro exilio terrenal y nos presente a Jesús para el abrazo eterno!

Propongámonos, pues, vivir, mañana y siempre, todos los días de nuestra vida, fieles al cumplimiento de nuestro deber, estando siempre exquisitamente atentas y teniendo la imagen de la Virgen María grabada en nuestro corazón, para que todo lo que hagamos sea siempre “a mayor gloria de Dios”. “Cara a Dios siempre”, ¡siempre dirigidas a nuestro Señor!

Florezilla:

Vivamos nuestros días en fidelidad al cumplimiento de nuestras obligaciones, por tanto manteniendo el corazón siempre unido a la Virgen María, nuestra Madre, haciéndola participe de lo que nuestra alma necesita, para que sea siempre para mayor gloria de Dios.

Jaculatoria:

Siempre unida a ti, oh Madre mía, mi vida transcurrirá en la certeza de que, fiel a tu compañía, encontrará la paz del alma, la guía que me llevará a nuestro Dios.

Santa María:

*Que destruyes las tinieblas de la noche eterna, ruega por nosotros.
Espejo de la divina contemplación, ruega por nosotros.
Más deseable que cualquier tesoro, ruega por nosotros.*

28 ABANDONÉMONOS A MARÍA.

28.1. Entre hermanos o amigos, que viven juntos o que están unidos por algún vínculo, existe una cierta relación de apoyo, de fuerza y coraje, de afecto mutuo, de ayuda mutua. Nos necesitamos el uno al otro y somos felices así: compartiendo y ayudándonos. Así debería ser para nosotras, hijas y servidoras de María. Cada una de nosotras debería repetir: “Madre mía, aquí estoy, soy toda tuya, me consagro enteramente a ti. ¡Es tan bello pertenecerte, Madre mía, dispón de mí! Que entre tú y yo surja una verdadera relación de unión, de amor, de apoyo”.

Renovémosle nuestro ofrecimiento.

“María, te ofrezco mis manos, para que dispongas de ellas. Haz que estas manos, consagradas a Dios, por medio de ti hagan llegar a las almas – a cada hermano y a cada hermana mía – los dones y las gracias del Señor.

Te ofrezco mis labios: haz que siempre puedan consolar, dirigir, aconsejar, animar. Haz que sepan siempre dar felicidad y sobre todo que siempre sepan enseñar a amarte.

Te ofrezco mis pies: haz que cada uno de mis pasos lleve a todas partes la caridad y el amor de Dios, tu sonrisa y tu alegría, oh Madre mía.

A tus pies venimos, oh Virgen de la confianza, para exponer nuestros deseos y nuestras debilidades a tu corazón de Madre. Tu mirada materna y tu corazón inmaculado abren nuestro ánimo a la certeza de tu ayuda”.

28.2. María no fue sólo la madre y la nodriza de Jesús, sino también fue la «compañera singularmente generosa» (*Lumen gentium*, 61) de él, Mesías y Redentor. Por tanto, se convirtió en Madre de todos «en el orden de la gracia» (*Ibidem*), entrando así, de manera muy personal, en la única mediación “entre Dios y los hombres”, que es propia y sola de Jesús, el Cristo.

Con el carácter de “intercesión”, la mediación de María continúa en la historia: «Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada» (*Lumen gentium*, 62). Por lo tanto, podemos invocarla como «abogada, auxiliadora, socorro, mediadora» (*Ibidem*).

María se entregó completamente a la llamada de Dios, convirtiéndose así en la fuente de la bondad que brota de él. Ella no solo nos muestra a Jesús, sino que nos guía hacia él, enseñándonos a conocerlo y a amarlo.

28.3. Démonos a María, confiémonos totalmente a ella y recémosle, para que se sirva de nosotras para socorrer las necesidades del prójimo, para que seamos capaces de amar de verdad y ser manantiales de agua viva en medio de un mundo sediento.

¡Feliz aquél de quien Dios se puede servir como instrumento dócil! Pidamos a María que nos haga un instrumento en las manos de Jesús, para que pueda servirse de nosotras, de todas las almas de Casa Nostra.

Dondequiera que nos llame la obediencia, donde nos envíe el Instituto, debemos ser apóstolas decididas. En todas partes debemos ser testigos verdaderos y vivos del amor de Jesús.

Encomendémonos, abandonémonos totalmente a María, y pidámosle la gracia de la más absoluta fidelidad. Recordemos la imagen de la Virgen de la Providencia en Casa Nostra de Banyoles: ¡abandonémonos totalmente, con los ojos cerrados, en el regazo materno de nuestra Madre del Cielo!

Florezilla:

A menudo reflexionemos sobre el amor que la santísima Virgen tiene por nuestra Obra y por cada una de nosotras. En virtud de esta consideración, entreguémonos a María, demos a conocer sus glorias y virtudes, imitémosla como Operarias y como Esperanzas, que nos hemos consagrado a ella, especialmente en el fiel cumplimiento del deber, cualquiera que sea la tarea que se nos encomiende.

Jaculatoria:

Quiero corresponder a tu amor, oh María, mi dulce Madre amada. Y mientras que nos conduces a la gloria anhelada, será mi Cielo ser de Dios y ser tuya.

Santa María:

Virgen del silencio, ruega por nosotros.

Virgen de la escucha, ruega por nosotros.

Esperanza de los pobres, ruega por nosotros.



29 SEAMOS DE JESÚS, SEAMOS DE MARÍA.

29.1. ¡Felices los que, en el querido y bendito “oasis” de nuestro Instituto, vivimos para el Señor Dios! ¡Felices somos, siervas de Jesús y de María! Aunque vivimos en el mundo, no somos del mundo. Amemos a Dios que nos ama y busquemos el reino de los cielos, y todo lo demás nos será dado.

¿Hay que sufrir? ¿Sí, por qué no? La lucha impone sufrimiento, pero ¡qué dulce es sufrir por quien se ama! ¡Qué dulces consuelos dona el Señor a aquéllos que le sirven generosamente!

Una hora bendita fue la de la llamada del Señor; pero sin ningún mérito de nuestra parte. Y una hora eternamente bendita, y que queda escrita para siempre en el libro de la vida, es aquélla en la que respondimos decididamente y prontamente a la llamada divina. Cristo nos ha llamado. Gracias, Señor. ¡Aleluya! ¡*Deo gratias!* “*Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*: A ti, oh Dios, te alabamos; a ti, oh Señor, te reconocemos”.

29.2. Entonces, demostremos que somos de Cristo y que le pertenecemos completamente. Probemos, con nuestras opciones y con nuestros comportamientos, que nos importa sólo su gloria. Sobre todo vivamos una intensa vida teologal. La fe, la esperanza y la caridad son las virtudes primordiales de todo cristiano y la base de la santificación. Son nuestras armas. Es la fe en Jesús, que nos ha llamado a trabajar en su viña; fe que ilumina en las tinieblas y que debemos hacer brillar en el mundo. Es la esperanza la que nos abre horizontes bellísimos, porque está puesta en Jesús, que promete el premio a quien vive su vida en el amor. Es la caridad, mandamiento supremo y nuestro sello; es la caridad de Cristo, que debemos difundir por el mundo con nuestro testimonio.

Blanco, verde y rojo son los tres colores que indican las tres virtudes teologales, y que deben ser para nosotras continua memoria de nuestro compromiso de vida. El blanco es “el color de la luz”, que lo abraza todo, haciendo resaltar la forma de cada cosa: presente la luz de Dios,

invocada y acogida, en nuestra vida, seremos envueltas por su amor, que nos dará a cada una la consistencia de los propios dones y de las propias capacidades. El verde es “el color de la esperanza”, que es el amor proyectado hacia adelante y hacia lo alto: virtud que es tanto más segura cuanto más arraigada esté en la fuente eterna, que nos da la fuerza para amar. El rojo es “el color de la vida”, y nos ayuda a comprender cómo la belleza de la consagración está ligada al ardor con que se vive y al precio que se está dispuesto a pagar.

Sobre todo nos distingue la esperanza. El verde – el color de las plantas a las que no afecta el paso de las estaciones – evoca la virtud quizás más necesaria para nosotras. Quien no espera no ama, porque no llega a aceptar el riesgo que todo amor conlleva. Sin esperanza, la fatiga detiene el camino. El amor vive de la esperanza, teniendo que abrirse cada día a las sorpresas del futuro. El poder de la esperanza nos permite reanudar todos los días nuestro camino.

29.3. En Casa Nostra hemos encontrado todo lo que necesitamos, por eso en Casa Nostra trabajaremos sin descanso hasta la muerte. Por Jesús y por María, nuestros únicos amores. Y siempre, dondequiera que estemos, cumplamos con nuestro deber, cumplamos la voluntad de Jesús, siguiendo el ejemplo de María y el modelo para nosotras, que es nuestra querida Gemma.

Nuestro propósito será el de ser agradecidas al Señor, por habernos llamado a su servicio y formar parte de Casa Nostra. Aquí debemos ser como flores llenas de vida, cuyo perfume llegue al Cielo y alegre el corazón de Jesús y el corazón de María, los únicos “señores” del jardín de Casa Nostra. Que también Gemma, nuestra “jardinera”, pueda tener la alegría de ver exuberantes, bajo su protección, las flores de nuestras almas, que le hemos confiado.

Florequilla:

Nuestro agradecimiento al Señor nos permita comprender la excelencia de la virginidad y ofrecer una flor muy bella a la santísima Virgen María, porque podamos formar en nuestra Obra el más bello jardín de lirios, todos para el divino Amado.

Jaculatoria:

Oh Madre mía, en su bondad infinita Dios me eligió. ¡Mi alma desea ser suya por toda la eternidad! ¡Yo consagro mi pureza a él y a ti, que eres mi Madre! ¡Y, con gran firmeza, renuncio a los placeres del mundo!

Santa María:

*Bendita porque eres mansa y misericordiosa, ruega por nosotros.
Bendita porque eres pura de corazón, ruega por nosotros.
Bendita porque eres pobre en el espíritu, ruega por nosotros.*

30 ¿DÓNDE ESTÁN NUESTRAS FLORES PARA LA VIRGEN MARÍA?

30.1. Durante este mes de María, cuántas veces se nos ha dicho y repetido: “Mira a María, imítala y elévate con ella en el vuelo de la perfección. Vive con ella y con ella ama a Jesús. Y muchas otras cosas bellas...”.

Y nosotras, ¿qué hemos hecho? ¿Estamos realmente preparadas para ofrecer nuestro ramo de flores a la santísima Virgen? ¿Podemos decir con el corazón lleno de amor: “María, madre mía, todas las flores de mi alma han sido para ti”?

¡Cuántas gracias nos ha dado María en este mes de mayo! Y nosotras, ¿las hemos acogido? ¿Dónde está el jardín florecido que la Virgen esperaba de Casa Nostra?

«¡No queráis ser flores sin vida en el jardín del Señor! No queráis que en el jardín de Dios paseen las arañas y se hagan telarañas, o que se encuentren flores marchitas allí. Hagamos que esté siempre bien limpio y que el buen Dios no tenga que mandar un huracán o una lluvia fuerte, para que caigan las hojas marchitas y se lleve todos los desperdicios», nos decía Magdalena Aulina (21 de noviembre de 1937).

30.2. No nos engañemos y reconozcamos nuestras faltas de amor.

A veces, se tiene un concepto erróneo de lo que significa el progreso en la perfección. La perfección no consiste en realizar actos espirituales abstractos, sino en superar lo que más nos cuesta, practicando el silencio de la propia abnegación, con todo el esfuerzo que esto supone, siempre, día y noche.

Si cada mañana, nada más despertarnos, nuestro primer pensamiento va dirigido a Jesús y a María, si con una súplica amorosa y espontánea les pedimos su gracia particular para ese día, seguramente que constataremos su protección.

¡Qué bello es consumir todas las fuerzas – las fuerzas que Dios nos ha dado – para servirle!



Jesús nos ha dicho: «Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo 5,48). Y esto la Virgen María nos lo ha repetido durante todo el mes de mayo. Y hemos tenido muchas ocasiones para considerarlo.

¡Bienaventuradas las personas que lo hayan aprovechado cada día! Felices, sí, porque la Virgen María las mira con el rostro lleno de dulzura y materna bondad.

30.3. Inclinémonos ante nuestra dulce Madre inmaculada y prometamos resueltamente ser más “vibrantes”. Prometamos tener una vida toda y sólo para Jesús y para María. Propongámonos no hacer ningún trabajo “por rutina”, sino hacerlo todo, absolutamente todo, sin ninguna excepción, para llenar con ejemplar fidelidad el lugar donde Jesús nos ha colocado, que es el jardín predilecto de nuestra Obra.

Todas juntas, llamadas por el Señor a vivir en su Obra, deberíamos ser como el muguete. El muguete es una flor que indica la felicidad que vuelve; floreciendo en mayo, simboliza la primavera que anuncia el fin del invierno y, por tanto, el fin de toda pena con el retorno de la serenidad; se dice que en primavera el ruiseñor espera a que florezca el primer muguete para volar al bosque a celebrar sus amores; los monjes, en cambio, solían adornar el altar con el muguete, al que llamaban la “escalera para el paraíso”, debido a la particular forma de sus campanas dispuestas como peldaños a lo largo de las escaleras. Es la escalera que nos indica la Virgen María, instándonos a subirla.

No olvidemos de pedirle la gracia a nuestra Gemma. Que ella, que vivió y murió amando a María, nos ayude en nuestro camino, para poder imitarla hasta la muerte.

Florequilla:

Propongámonos no pasar ni un solo día más de nuestra vida sin hacer algo para progresar; y estrecharnos más en los brazos de Jesús y de la Virgen, que nos los tienden porque vamos hacia ellos, y permanecemos junto a ellos para siempre. Corramos con presteza al sonido de la campana de la gracia.

Jaculatoria:

¡Vuelo a tus brazos, oh dulce Virgen María! No quiero nada más de esta tierra, si no es llegar al Cielo, vencíendome cada día.

Santa María:

*Hija predilecta del Padre, ruega por nosotros.
Arca de la alianza, ruega por nosotros.
Casa de oro, ruega por nosotros.*



31 AMOR ETERNO POR MARÍA.

31.1. Es el último día de mayo, último día del mes dedicado a la santísima Virgen María. ¿Qué le podemos ofrecer?

Cada día, en este mes, la voz de María ha resonado en nuestro corazón, pidiéndonos algo en cada meditación. ¿Qué le hemos dado verdaderamente?

Echando un vistazo general, ¿se nota algún cambio en cada una de nosotras? Incluso si estamos inmersas en el trabajo, ¿nos hemos dirigido al Señor y a su Madre, con la mente y con el pensamiento?

Para poder progresar en la virtud, debemos tener una intensa vida espiritual. Por tanto, si queremos ser consecuentes con los propósitos hechos durante este mes de María, debemos mantener vivas en nuestros corazones las dulces emociones de los momentos pasados junto a la Reina de nuestro corazón.

Hagamos todo lo posible para que este mes no haya pasado en vano y, en los momentos en los que nuestro trabajo nos lo permita, recordemos las consideraciones hechas en estos días benditos, haciendo siempre bien nuestro examen de conciencia para verificar nuestra respuesta a la gracia.

31.2. Toda nuestra vida debe revelar las enseñanzas recogidas, todas las pequeñas y grandes enseñanzas propias de nuestra Obra.

Recordemos siempre que es el Señor quien nos ha elegido, y nosotras vivimos para él y lo servimos en Casa Nostra. Debemos ser consecuentes a esta gracia, llevando el sello invisible, pero inconfundible, que revele a cuantos nos rodean que somos de Dios y que somos de Casa Nostra. Y debemos trabajar incansablemente por Dios y por la salvación de las almas.

Por todo esto, miremos a María, nuestra Madre. En ella resplandecen todas las virtudes, desde las más sublimes hasta las más sencillas: sobre todo en ella resplandece la caridad, el amor maternal para todos y

cada uno. En ella brilla el amor a la cruz: un amor que nunca se lamenta ante las constantes incomodidades de la vida cotidiana. Y en ella resplandecen todos los actos de generosidad, alimentados por la gracia divina al pie de la cruz.

No todos los días tendremos la ocasión de practicar virtudes heroicas. Pero sí que, cada día, podremos hacer más heroica nuestra constancia, por medio de las virtudes escondidas de la humildad y del ocultamiento. Son virtudes poco conocidas y poco estimadas por el mundo, ¡pero nosotras no queremos la recompensa en este mundo!

Pensemos en María: los apóstoles y los evangelistas dicen muy poco de ella, pero no existe otra vida que haya sido más de Dios y más fiel que la de María.

31.3. Cada vez que en los evangelios se habla de María, se refiere a la vida y misión de Jesús ¿Qué más queremos? Vivir con Jesús y seguirlo en todos los momentos de su vida, seguirlo hasta el Calvario; contemplarlo, amarlo, seguir cada una de sus huellas, vivir de él y sólo para él; caminar con María. Y así, imitando a María, fiel reflejo de Cristo, ciertamente irradiaremos a Jesús, y seremos “uno” con él, siguiéndolo hasta la muerte en el bendito jardín donde nos ha llamado.

Que éste sea nuestro propósito decidido en este último día de mayo. Que perdure nuestro amor a la Virgen. Y que este amor nos lleve hasta Jesús, haciéndonos fieles a su gracia y a la llamada hasta la muerte.

María, por su parte, nos reservará un amor eterno. Gemma nos acompañará y protegerá.

Florequilla:

Dispongámonos a mostrar nuestra gratitud al Señor y a su santísima Madre, por sus beneficios, y en particular por los que, cada año, nos regalan en este bendito mes de mayo. Para ello, no dejemos pasar ningún día sin hacer un acto ferviente de amor, que muestre a Jesús y María nuestra profunda gratitud y atraiga nuevas gracias para nuestra Obra.

Jaculatoria:

Oh dulce Madre mía, de todo el mes de mayo recibe las florecillas que mi corazón te envía.

Santa María:

Signo de consuelo, ruega por nosotros.

Signo de esperanza segura, ruega por nosotros.

Signo de la gloria futura, ruega por nosotros.



